

MARXISTAS Y LIBERTARIOS

de ayer
a hoy

MICHAEL LÖWY
ANTONIO MOSCATO
PEPE GUTIÉRREZ ÁLVAREZ
PELAI PAGÈS I BLANCH
JULIÁN VADILLO
LAURA VICENTE
ÁNGEL GARCÍA PINTADO



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022

Marxistas y libertarios de ayer a hoy

Fuente:

Todos los trabajos publicados en este dossier fueron
Publicados en el **nº. 136 de la revista VIENTO SUR**,
Correspondiente al mes de Octubre de 2014.

Maquetación:

Demófilo
2022

-

Todos los textos de la Biblioteca Omegalfa se ofrecen al lector
interesado sin ánimo de lucro ni interés comercial
de ninguna clase. Se publican digitalizados
con una finalidad exclusivamente
educativo/cultural.



CONTENIDO

<i>Una bandera común: Marxistas y anarquistas en la I Internacional</i> Por Michael Löwy.....	3
<i>Anarquistas y bolcheviques en la Revolución Rusa</i> Por Antonio Moscato.....	16
<i>Tentativas de encuentros entre hermanos enemigos</i> Por Pepe Gutiérrez-Álvarez.....	32
<i>El debate de 1928 Peiró-Maurín y sus secuelas</i> Por Pelai Pagès i Blanch.....	46
<i>Reflexiones alrededor de la historia del anarquismo</i> Por Julián Vadillo.....	65
<i>El feminismo anarquista desde sus orígenes internacionalistas a Mujeres Libres</i> Por Laura Vicente.....	72
<i>Marxismo + Anarquismo = Surrealismo</i> Por Ángel García Pintado.....	85

Michael Löwy [*]

UNA BANDERA COMÚN: MARXISTAS Y ANARQUISTAS EN LA I INTERNACIONAL

Traducción: VIENTO SUR

- | -

Marxistas y anarquistas (términos que no eran habituales en ese momento) formaron parte de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) —la I Internacional— desde su origen, en 1864. Los desacuerdos entre los partidarios de Marx y Bakunin condujeron a una amarga escisión en 1872. Poco después la AIT “marxista” se disolvió, mientras los partidarios de Bakunin crearon su propia AIT, que aún sigue existiendo, en la Conferencia celebrada en Saint-Imier, Suiza (1872). Para Marx, las razones de la escisión residían en las tendencias paneslavistas y el fraccionalismo antidemocrático y conspirativo de Bakunin. Por su parte, Bakunin consideraba que la escisión se debía a la orientación pangermánica de Marx, así como a su autoritarismo e inaceptable comportamiento. Más allá de las exageraciones obvias, ambas acusaciones contienen algo de verdad y es difícil situar la responsabilidad

* **Löwy** es autor de diversas obras y publicaciones sobre marxismo, religión, movimientos sociales y ecologismo. Su obra más reciente en castellano es *Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Biblioteca Nueva, 2013.

solo en uno de los dos campos. Historiadores marxistas y anarquistas continúan reproduciendo estos argumentos, acusándose mutuamente de la crisis de la AIT. Aun sin tomar partido por unos u otros, los investigadores académicos también enfatizan el conflicto de ideas entre unos y otros^[1].

Desde esa perspectiva, que ha predominado ampliamente en la literatura sobre la I Internacional, lo que se olvida es el hecho simple e importante de que esta organización fue abierta y pluralista.

Era una Asociación en la que los partidarios de Proudhon, Marx, Bakunin, Blanqui y otros, más allá de los desacuerdos y conflictos, fueron capaces de trabajar juntos a lo largo de muchos años, adoptando en ocasiones resoluciones comunes y luchando codo con codo en el mayor acontecimiento del siglo XIX: la Comuna de París. Permítasenos realizar un breve esbozo de algunos de los momentos fundamentales de esta historia olvidada del “trayecto común” entre marxistas y anarquistas en la AIT.

- II -

Poco tiempo después de fundarse la I Internacional, su Consejo General encomendó a Marx la redacción de los Estatutos Provisionales de la Asociación. El documento comenzaba con el llamamiento “La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”, que continúa siendo la

1 Un ejemplo reciente es Robert Graham, “Marxism and Anarchism on Communism: The Debate between the Two Bastions of the Left,” in Shannon Brincat (ed.) *Communism in the 21st Century. Vol 2 Whither Communism?* Oxford, Praeger, 2014.

base común de marxistas y anarquistas.

Desde el principio, en la I Internacional participaron anarquistas y *libertarios* —utilizo el término francés, que se refiere a la amplia tendencia socialista-revolucionaria anti-autoritaria, porque en inglés este término ha sido apropiado por la ideología capitalista ultrareaccionaria—, junto a otros socialistas. Entre ellos, en primer lugar, los seguidores de Proudhon (1809-1865), cuyas relaciones con los socialistas marxistas no eran necesariamente conflictivas. Entre los amigos de Marx y los representantes del ala izquierda del proudhonismo, como el belga Cèsar de Paepe y el francés Eugène Varlin, existía un amplio acuerdo. Ambas tendencias se oponían al ala derecha (pequeño-burguesa) del proudhonismo, partidaria del auto-denominado “mutualismo” y de un proyecto económico basado en el “intercambio igualitario” entre pequeños propietarios. Uno de los mayores impulsores del mutualismo y de la propiedad privada fue el delegado francés Henri Tolain, quien poco tiempo después, al apoyar al gobierno burgués de Versalles contra la Comuna de París, fue expulsado de la Internacional por traidor.

En el Congreso de Bruselas de la AIT en 1868, la alianza entre las dos alas de izquierda —frente a los “mutualistas”— dio lugar a la adopción de un programa *colectivista* presentado por el *libertario* socialista belga Cèsar de Paepe. Esta resolución proponía la propiedad colectiva de los bienes de producción: tierras, minas, bosques, máquinas y medios de transporte (Manfredonia, 2001: p. 36). En retrospectiva, la resolución sobre los bosques aparece como una de las más interesantes en lo que respecta a sus implicaciones socialistas y medioambientales:

Considerando que abandonar los bosques a la iniciativa

privada conduce a su destrucción; Que esta destrucción en determinadas partes del territorio perjudicará la conservación de las fuentes de agua y, también, la buena calidad de la tierra, así como la salud pública y la vida de los ciudadanos; El Congreso decide que los bosques deben volver a ser la propiedad colectiva de la sociedad (Amaro del Rosal, 1958: p. 159).

Ambas tendencias también apoyaron la resolución que establecía que los trabajadores deben rechazar la guerra a través de la huelga general. A Carlos Marx, que no estuvo presente en el congreso de Bruselas, no le gustó esta resolución, que le parecía irrealista, aunque fuera propuesta por Charles Longuet, uno de sus seguidores que poco después se convertiría en su yerno al casarse con su hija, Jenny Marx.

Fue en ese momento, en 1868, cuando Bakunin se adhirió a la I Internacional. En muchas cuestiones, se consideraba a sí mismo como partidario de las ideas de Marx. Se encontró con Marx durante sus viajes a Londres en 1864 y en 1867. Marx le envió una copia de *El Capital*. La reacción de Bakunin fue entusiasta; felicitó “al Sr. K. Marx, el ilustre líder del comunismo alemán” y “su magnífico trabajo, *El Capital*”. Creía que el libro debía ser traducido al francés:

... porque, por lo que yo sé, ningún otro libro contiene un análisis tan científico, profundo y claro y, también puedo decirlo, tan despiadado a la hora de desenmascarar la formación del capital burgués y su sistemática y cruel explotación a la que somete al proletariado. El único defecto del libro es que... está escrito, solo en parte, en un estilo demasiado metafísico y abstracto... que hace que su lectura sea dificultosa e incluso imposible para la mayoría de los trabajadores. Sin embargo, los trabajadores deberían leerlo. La burguesía no lo leerá nunca, y si lo hace, no

lo entenderá, y si lo entiende, nunca se referirá a él; este libro no es otra cosa que su condena a muerte, no como individuos sino como clase, científicamente basada e irrevocablemente pronunciada (Maximoff, 1953: p. 187; Bakounine, 1974: p. 357).

No es por casualidad que en una fecha tan tardía como 1879, varios años después de la escisión, un cercano seguidor de Bakunin, el anarquista italiano Carlo Cafiero, produjera una versión popular de *El Capital*, que Marx consideró muy útil.

Por supuesto, las fuertes divergencias entre Marx y Bakunin existieron desde el principio. El 28 de octubre de 1869, en una carta a Herzen, Bakunin expresó su oposición de principio a lo que consideraba el “comunismo estatal” de Marx. Pero en la misma carta señalaba acerca de Marx:

“no debemos menospreciar, y yo no lo hago, el inmenso servicio que ha rendido a la causa del socialismo, al que ha servido con inteligencia, energía y sinceridad a lo largo de los últimos 25 años, en cuyo empeño nos ha superado a todos”

(Wikipedia).

En 1869, en la Conferencia de Basilea de la AIT, ambas tendencias aprobaron una resolución común proponiendo la socialización de la tierra. Sin embargo, los anarquistas obtuvieron una victoria simbólica al lograr el apoyo significativo — pero no la mayoría necesaria— a su resolución a favor de la abolición de la herencia: 32 votos de los 68 delegados (23 se posicionaron en contra y 13 se abstuvieron). Marx y sus amigos en el Consejo General argumentaron que la herencia era solo una consecuencia del sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción y no la causa

de la explotación. Su propuesta —impuesto sobre la herencia más que su supresión— solo obtuvo 19 votos (37 en contra y 6 abstenciones). Bakunin vio este voto como la “victoria completa” de sus ideas.

- III -

En la Comuna de París de 1871 anarquistas y marxistas cooperaron en el primer gran ensayo de poder proletario en la historia moderna. Ya en 1870, Leo Frankel, un activista obrero húngaro que trabajaba en Francia, muy amigo de Marx, y Eugène Varlin, disidente proudhoniano, trabajaron juntos para la reorganización de la sección francesa de la AIT. Tras el 18 de marzo de 1871, colaboraron estrechamente en la dirección de la Comuna de París: Frankel como comisario de trabajo y Varlin como comisario de guerra. En mayo de 1871 ambos tomaron parte en los enfrentamientos contra las tropas de Versalles. Varlin fue ejecutado tras la derrota de la Comuna mientras que Frankel logró emigrar a Londres.

A pesar de su corta duración —solo unos meses— la Comuna fue la primera experiencia histórica de poder revolucionario de los trabajadores organizado democráticamente (con delegados elegidos a través del sufragio universal), y de destrucción del aparato burocrático del Estado burgués. También constituyó una verdadera experiencia de pluralismo en la que trabajaron conjuntamente “marxistas” (aunque el término aún no existía), proudhonianos de izquierda, jacobinos, blanquistas y socialistas republicanos.

Por supuesto, los análisis de Marx y Bakunin sobre este acontecimiento revolucionario fueron totalmente contradictorios.

De forma sumaria, la posición de Marx se puede resumir en la siguiente cita:

La situación del reducido número de convencidos socialistas en la Comuna era muy difícil. Tuvieron que enfrentar un gobierno y un ejército revolucionario al gobierno y al ejército de Versalles.

Contra esta interpretación de la guerra civil en Francia como un enfrentamiento entre dos gobiernos y sus respectivos ejércitos, Bakunin desarrolló un fuerte punto de vista antiestatal:

La Comuna de París fue una revolución contra el Estado como tal, contra ese monstruo sobrenatural producido por la sociedad.

Los lectores y lectoras bien informados ya habrán corregido esta presentación: en realidad, la primera cita fue escrita por Bakunin en su ensayo *La Comuna de París y la noción del Estado* (Bakunin, 1972: p. 412) y la segunda fue escrita por Marx en el primer borrador de *La guerra civil en Francia* (Marx, Engels, Lenin, 1971, p. 45). Hemos invertido las citas a propósito, para mostrar que las —innegables— diferencias entre Marx y Bakunin, entre marxistas y anarquistas, no son tan simples como se supone a menudo.

De forma interesada, Marx se alegró de que durante el período de la Comuna, en la práctica, los proudhonianos se olvidaran de la hostilidad hacia la acción política de su promotor, al mismo tiempo que algunos anarquistas se congratulaban de que los escritos de Marx sobre la Comuna dejaran de lado el centralismo y abrazaran el federalismo. Es cierto que *La guerra civil en Francia*, así como la declaración de la I

Internacional sobre la Comuna que escribió Marx y muchos otros materiales y borradores para su elaboración, dieron testimonio del feroz antiestatismo de Marx. Definiendo la Comuna como la forma política, finalmente encontrada, para la emancipación de los trabajadores, insistió en la destrucción del Estado, ese cuerpo artificial, esa *boa constrictor* como la denominó, esa angustiada pesadilla, esa excrecencia parasitaria (Marx y Engels, 2008).

De hecho, no era la primera vez que Marx manifestaba enérgicamente su punto de vista antiestatista. Ya lo había hecho en el manuscrito *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel* (1843), en la que opuso la “verdadera democracia” al Estado, así como en otros escritos políticos como, por ejemplo, *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852), en el que escribió que

el Estado tiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil, desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus vibraciones más insignificantes, desde las modalidades más generales de existencia hasta la existencia privada de los individuos.

En la sociedad burguesa moderna

este cuerpo parasitario adquiere, por medio de una centralización extraordinaria, una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimiento y una elasticidad que solo encuentran correspondencia en la dependencia desamparada, en el carácter caóticamente informe del auténtico cuerpo social (Gesellschaftskörper) (Abensour, 2004: pp. 137-142; Marx, 1937: p. 236).

El ensayo sobre la Comuna es la expresión más nítida del

rechazo revolucionario del Estado.

Sin embargo, tras la Comuna, el conflicto entre las dos tendencias revolucionarias se intensificó, llegando a la exclusión de Bakunin y Guillaume (su seguidor suizo) durante el Congreso en La Haya (1872) y la transferencia de la dirección de la AIT a Nueva York; de hecho, su disolución. Tras la escisión, los anarquistas, como se ha señalado más arriba, fundaron su propia AIT.

Más allá de la escisión, Marx y Engels no ignoraron los escritos de Bakunin y, en determinados casos, estaban de acuerdo con sus argumentos antiestatistas. Un ejemplo llamativo de ello es la *Crítica del Programa de Gotha* (1875). En su libro *Estatismo y anarquía* (1873) Bakunin criticó con agudeza el concepto de “Estado nacional” usado por los socialdemócratas alemanes que fue atribuido (con razón) a Ferdinand Lassalle y (erróneamente) a Marx. Cuando los seguidores de Marx se unieron en Gotha en 1875 para fundar el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) su Programa común recogió la fórmula Estado Popular para Alemania. En su *Crítica al programa de Gotha* —escrito como contribución interna y solo hecho público tras su fallecimiento— Marx rechazaba abiertamente este concepto. Más aún, en una carta a su amigo Wilhelm Bracke —uno de los líderes del Partido— enviada junto a la *Crítica*, explicaba que una de las razones para escribir este documento era que “Bakunin... me hace responsable no solo de todo el programa del Partido, sino también de toda la trayectoria de [Wilhelm] Liebcknecht desde el primer día de su colaboración con el Partido Popular (*Volkspartei*)” (Marx y Engels, 1937: p. 6) [2].

2. El Partido citado es el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores

En marzo de 1875, en una carta a August Bebel, Engels era aún más explícito: “Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta esto del ‘Estado popular’, a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon y luego el *Manifiesto Comunista* dicen claramente que, con la implantación del régimen social socialista, el Estado se disolverá por sí mismo y desaparecerá” (Ibid, p. 29).

Por lo tanto, se puede concluir que el argumento contra el estatismo de Lassalle en la *Critica al Programa de Gotha* estaba, en cierta medida, motivado por las críticas de Bakunin a los socialdemócratas alemanes. En la misma carta a Bebel, Engels va incluso más lejos en la dirección del anarquismo: “Tras la Comuna de París, que no fue un Estado en el sentido amplio del término, debería darse por concluida toda esta polémica [...] Por eso, nosotros propondríamos reemplazar en todas las partes [del Programa] *Estado* por la palabra ‘comunidad’ (*Ge-meinwesen*), una buena y antigua palabra alemana equivalente a la palabra francesa *Commune*” (Ibid, p. 31).

- IV -

En lugar de tratar de señalar los errores y las meteduras de pata de cada parte en conflicto —no faltan las acusaciones mutuas— he intentado enfatizar los aspectos positivos de la I Internacional: un movimiento internacionalista plural, diverso y democrático donde quienes tomaron parte con posiciones

(SDAP) fundado por Liebknecht y Bebel en 1869 en la ciudad de Eisenach (el precursor del SPD). El Volkspartei era el partido liberal burgués en el que participó Liebknecht antes de la fundación del SDAP.

políticas diferentes fueron capaces no solo de coexistir sino de cooperar en el pensamiento y en la acción durante varios años, teniendo un papel de vanguardia en la primera gran revolución proletaria moderna. Fue una internacional en la que marxistas y libertarios, tanto individualmente como a nivel organizativo (como el Partido Socialdemócrata Alemán) pudieron —a pesar de los conflictos— trabajar juntos y emprender acciones comunes.

Las Internacionales posteriores —la II, la III y la IV— no dejaron mucho espacio para los anarquistas. Sin embargo, en varios momentos importantes de la historia del siglo XX anarquistas y socialistas o comunistas han sido capaces de aunar fuerzas:

1. En los primeros años de la revolución de octubre (1917-1921) muchos anarquistas, como Emma Goldman y Alexander Berkman, dieron un apoyo crítico a los líderes bolcheviques.
2. Durante la revolución española, los anarquistas de la CNT-FAI y los simpatizantes trotskistas del POUM lucharon codo con codo contra el fascismo y se opusieron a la orientación no revolucionaria de los estalinistas y del ala derecha de la socialdemocracia.
3. En Mayo del 68 una de las primeras iniciativas revolucionarias fue la fundación del *Movimiento 22 de Marzo*, bajo el liderazgo del anarquista Daniel Cohn-Bendit y del trotskista Daniel Bensaïd.

También ha habido varios intentos intelectuales para conjugar estas dos tradiciones revolucionarias entre escritores como William Morris o Victor Serge, poetas como André

Breton (fundadores del movimiento surrealista), filósofos como Walter Benjamin o historiadores como Daniel Guérin.

Por supuesto, la experiencia de la I Internacional es irreplicable en sentido estricto pero para nosotros resulta muy significativo que a comienzos del siglo XXI, de nuevo, marxistas, anarquistas o autonomistas o libertarios, etcétera, unan sus fuerzas y actúen conjuntamente, como individuos o como organizaciones políticas (cuya existencia no es un obstáculo para la cooperación) en la solidaridad con los zapatistas de Chiapas, en el Movimiento por la Justicia Global, en las luchas ecologistas radicales, en las masivas movilizaciones de las y los *indignados* (en España, Grecia) o en Occupy Wall Street.

Bibliografía citada

- Abensour, M.** (2004) *La Démocratie contre l'Etat. Marx et le moment machiavélien*. París: Le Felin.
- Amaro del Rosal,** (1958) *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*. México: Grijalbo.
- Bakunin, M.** (1972) *De la guerre à la Commune*, textos ed. Fernand Rudé. París: Anthropos.
- (1974) *OEuvres* París: Champ libre, VIII.
- Manfredonia, G.** (2001) *L'anarchisme en Europe* París: PUF.
- Marx, K.** (1937) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en K. Marx-F. Engels, *Obras Escogidas* T I, Ediciones Progreso 1937.
- Marx, K. y Engels, F.** (1937) *Obras Escogidas* T III Moscú: Ediciones Progreso.
- (2008) “Inventer l'inconnu. Textes et correspondances autour de la Commune”, con la introducción de Daniel Bensaïd, en *Politiques de Marx* París: Editions de La Fabrique.
- Marx, Engels, Lenin** (1971) *Sur la Commune de Paris*. Moscow: Ed. Du Progrès.
- Maximoff, G.O.** (ed.) (1953) *The Political Philosophy of Bakunin*. Londres: The Free Press of Glencore.
- Wikipedia** “Asociación Internacional de Trabajadores”.

ANARQUISTAS Y BOLCHEVIQUES
EN LA REVOLUCIÓN RUSA

Traducción: Andreu Coll

En una larga y compleja *Carta a los comunistas alemanes* de agosto de 1921 Lenin comentaba las recientes escisiones de la derecha y la izquierda del Partido Comunista Alemán (KPD), desdramatizándolas y situándolas en un contexto de ajustes en la Internacional:

Hasta que no se hayan organizado, al menos en los principales países, partidos comunistas suficientemente fuertes, con suficiente experiencia, con suficiente influencia, habrá que tolerar que elementos semianarquistas participen en nuestros congresos internacionales y, hasta cierto punto, esto también es útil. Es útil en la medida en que tales elementos son un evidente “ejemplo premonitorio” para los comunistas inexpertos y también en la medida en que éstos todavía están en capacidad de aprender.

Es evidente que Lenin —a pesar de que aquí se refiere a la izquierda comunista salida del KPD— considera a los anarquistas como parte del mismo movimiento revolucionario, y

* **Antonio Moscato** es historiador del movimiento obrero y militante de Sinistra Anticapitalista. Ha publicado varios libros sobre la crisis del “socialismo real” y sobre la influencia de la Revolución cubana y el Che Guevara en América Latina

aun sin renunciar a las polémicas, sobre todo en relación con su rechazo abstracto de cualquier compromiso o retirada táctica, confirma su confianza en una posible convergencia.

El anarquismo se escinde en todo el mundo —y no desde ayer, sino desde el inicio de la guerra imperialista del 1914-1918— en dos corrientes: la corriente soviética y la corriente antisoviética; la corriente que es favorable a la dictadura del proletariado y la corriente que está en contra de esta. Es necesario dejar el tiempo necesario para que madure este proceso de escisión del anarquismo. [...] Sin embargo, es obvio que los elementos semianarquistas pueden y deben ser tolerados solo en cierto modo. En Alemania los hemos tolerado durante mucho tiempo (Ibid.)

Es obvio que en este caso la referencia estaba dirigida a la componente del movimiento espartaquista que había dejado en minoría a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el mismo congreso de fundación, rechazando apriorísticamente la participación en las elecciones y la militancia en los grandes sindicatos de masas. En otros escritos de aquel periodo tan fecundo inaugurado con el segundo congreso de la Internacional (que en realidad fue el primer verdadero congreso) Lenin había vuelto sobre el argumento, sin renunciar a severas polémicas con los “anarquistas” (asociados a sindicalistas y ultraizquierdistas) que, tras haber fulminado el parlamentarismo de los socialistas aburguesados, acababan por recalar en una carrera burguesa análoga, llegando a sostener la participación en la guerra imperialista.

Pero se trataba sobre todo de referencias a tendencias internacionales que se manifestaban sobre todo —observaba Lenin— en los países sin una tradición de grandes revoluciones,

o en los que la experiencia de lejanas revoluciones estaba casi completamente olvidada. Y se confirmaba en cualquier caso una comprensión de su oscilación hacia el anarquismo, “por el odio contra el oportunismo de la vieja socialdemocracia”.

En realidad, en esta carta y en el ensayo *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, raramente hacía referencia directa a la relación entre bolcheviques y anarquistas en la Revolución rusa. Sin embargo, se trataba de una relación estrecha e importante. Anarquistas parecidos formaban parte del Ejército Rojo y habían sido elegidos en diversos soviets, entre otros en el de Kronstadt que tanta participación tuvo en varios momentos de la revolución, no solo en la insurrección del 25 de octubre (7 de noviembre). Fue anarquista, por ejemplo, Anatoli Zelznjak, el marino que dirigía a los guardias rojos que pusieron fin a la primera y última sesión de la Asamblea Constituyente.

Por otra parte, no pocos anarquistas habían estado presentes, junto a sectores bolcheviques impacientes, en las movilizaciones que culminaron en el intento semi-insurreccional prematuro de las “jornadas de julio”, que ofreció al gobierno provisional una ocasión preciosa para reprimir al Partido Bolchevique, arrojando a gran parte del grupo dirigente y obligando a Lenin a pasar a la clandestinidad y luego al exilio en Finlandia. Será sintomático del enfoque de Lenin que, a pesar de disentir de la iniciativa y que la criticase en la sede del partido, se guardase bien de desautorizarla públicamente o atribuirle a provocadores (como habrían hecho posteriormente tantos de sus indignos epígonos), para evitar romper con esos militantes.

Si bien los comentarios referidos a la presencia de los anarquistas en la revolución son escasos, no se debe a prejuicios

sectarios, sino simplemente al hecho de que su papel era modesto y su número exiguo. Por ejemplo, en el Congreso Panruso de los Soviets que se abrió la noche misma de la toma del Palacio de Invierno, había cinco anarquistas sobre 562 delegados presentes (de los cuales 382 bolcheviques, 70 social-revolucionarios de izquierda, 19 social-revolucionarios de otras tendencias, 21 mencheviques “defensistas”, 15 mencheviques “internacionalistas”, etcétera). La exigüidad de su presencia se explicaba en parte por el rechazo de cualquier tipo de elecciones, incluso de delegados revocables, por parte de los anarquistas más intransigentes y en parte por su relativa marginalidad en la lucha de clases durante aquella fase.

Más allá de la publicidad anarquista (Volin, Paul Avrich, Pëtr Arsinov, Emma Goldman), que ha ofrecido constantemente la misma línea interpretativa victimista, muchas noticias sobre la progresiva ruptura entre los reagrupamientos libertarios y la revolución las ha proporcionado uno de los más célebres anarquistas ganados por la Revolución rusa, Víctor Serge.

Serge no minimiza el papel de los anarquistas entre febrero y octubre, pero explica bien su declive:

A pesar de su confusión ideológica, la mayor parte de estos luchó bien en Octubre. Su movimiento, tras la victoria proletaria, había tenido un desarrollo excepcional: ningún poder oponía resistencia a sus acciones; procedían sin control alguno a requisar alojamientos; el Partido Bolchevique trataba con su organización de tú a tú; aquellos tenían en Moscú un gran periódico, la *Anarquía* (Serge, 1967: p. 200).

También en Petrogrado un periódico anarcosindicalista había llegado a competir en algún momento con la *Pravda* bolchevique, pero —según Serge— “no desaparece más que por

culpa de sus redactores, divididos sobre el problema de la guerra revolucionaria” (Ibid.)

De hecho, la mayor parte de los anarquistas habían rechazado el armisticio y, posteriormente, sobre todo la paz de Brest Livosk, con argumentos similares a los de los social-revolucionarios y los comunistas de izquierda, y habían compartido la ilusión de una posible repetición de la guerra revolucionaria siguiendo el modelo de la república francesa de 1793. De hecho, desde febrero de 1918 la prensa anarquista había subido de tono, repitiendo las acusaciones de Lenin como “agente del imperialismo alemán” lanzadas por todas las demás corrientes socialdemócratas y social-revolucionarias, y por la misma prensa burguesa que todavía era legal. Algunos exponentes prestigiosos como Volin habían partido hacia el frente, para intentar —en vano— construir grupos partisanos con el resto del ejército, mientras acusaban a los bolcheviques de “caínes, patrones, traidores”. De Lenin decían que había “construido su trono de Octubre” sobre sus huesos. Alineados junto a los social-revolucionarios, no aprobaban los atentados que acabaron con la vida de dirigentes bolcheviques como Volodarsky y Uritsky e hirieron al mismo Lenin. “Estamos contra el soviets por una cuestión de principio, pues estamos contra cualquier Estado”, escribían los hermanos Gordin el 7 de abril, y añadían: “Nos atribuyen la intención de derrocar a los bolcheviques. ¡Absurdo! Tampoco queremos derrocar a los mencheviques”.

Este será el contexto que empujará a la Checa a desarmar a la Guardia Negra anarquista la noche del 11 al 12 de abril de 1918. Víctor Serge describe las “fuerzas anarquistas, divididas en una serie de grupos, subgrupos, tendencias y subtendencias que iban del individualismo al sindicalismo” y que

“comprendían diversas familias de hombres, en su mayor parte armados”.

La demagogia sincera de los protagonistas libertarios encontraba una buena acogida entre los elementos atrasados de la población. Un estado mayor negro tenía la dirección de estas fuerzas que constituían una especie de Estado armado —irresponsable, incontrolado, incontrolable— dentro del Estado. Los mismos anarquistas admitían que entre ellos prosperaban elementos sospechosos, aventureros, delincuentes comunes, contrarrevolucionarios, puesto que los principios libertarios no permitían cerrar la puerta de las organizaciones a nadie o someter a alguien a un control real (Ibid., p. 201).

Una parte de los mismos anarquistas advertía el peligro y sentía la necesidad de “depurar” su ambiente, cosa prácticamente imposible sin autoridad ni organización disciplinada. Víctor Serge recuerda que el periódico *Anarquía* en ocasiones publicaba *avisos importantes* de este tipo:

Consejo de la Federación Anarquista. Se verifican abusos deplorables. Desconocidos, presentándose en nombre de la Federación, proceden a arrestos y a confiscaciones de fondos. La Federación declara que no tolera confiscación alguna que tenga como fin el enriquecimiento personal (Ibid., pp. 200-201).

O bien se aseguraba de que cada acción hecha en nombre del Estado Mayor de la Guardia Negra solo era válida si estaba garantizada por una orden firmada por tres miembros y por la presencia física de al menos uno de ellos. Sin embargo, el problema principal no era el bandidaje individual perpetrado con ropajes anarquistas sino la infiltración de monárquicos y

guardias blancos, que fue confirmada posteriormente por las memorias de un general letón, Hopper, que había utilizado las casas y los hoteles ocupados por los anarquistas como alojamiento para varias decenas de guardias blancas de paso por Moscú, utilizando como garante a un capitán que recordaba la imagen literaria de un anarquista.

Por esto Serge no duda en aprobar la operación policial decidida por Felix Dzerzinsky, aunque comportara alguna decena de víctimas entre muertos y heridos entre chequistas y anarquistas, que intentaron resistir durante horas en algunos de sus bastiones. Por un lado, la considera una operación indispensable para proteger Moscú de posibles golpes de Estado “negros” que habrían facilitado a las Guardias Blancas su reorganización, aprovechando la indulgencia de la revolución, que había puesto en libertad tras su rendición a la mayor parte de los defensores del viejo régimen, a partir del general Kornilov; por otro, subraya que tras la redada todos los órganos de prensa anarquistas pudieron continuar su publicación. Por otro lado, la represión se desencadenó formalmente por una peligrosa “expropiación” del automóvil personal del coronel Raymond Robins, oficialmente representante de la Cruz Roja norteamericana, pero en realidad valioso intermediario con el gobierno de Estados Unidos, y, por consiguiente, golpeaba no las ideas, sino la constitución de un grupo armado con perfiles inciertos y un programa ambiguo.

El historiador más destacado del anarquismo ruso, Paul Avrich, confirma indirectamente que las detenciones de abril de 1918 no habían suprimido el movimiento. La represión no alcanzaría su apogeo hasta el bombardeo del cuartel general comunista de Moscú en septiembre de 1919. El 27 de septiembre de ese año, los llamados “anarquistas clandestinos”

junto a militantes socialistas revolucionarios de izquierda habían asaltado con un lanzamiento de granadas la sede del comité de Moscú del Partido Comunista durante una sesión plenaria. Hubo 12 muertos y 55 heridos, entre los que se contaban algunos muy conocidos, como Nicolai Bujarin, el redactor de *Pravda* Emelian Jaroslavsky, y Yuri Steklov, director de *Izvestia*. A pesar de que muchos dirigentes libertarios se desmarcaron, los comunicados incendiarios que anunciaban “el inicio de una era de la dinamita” que acabaría “con la destrucción del despotismo” provocaron una nueva oleada de detenciones masivas. Algunos militantes decidieron volar por los aires al presentarse la checa en la dacha que habían requisado, otros fueron procesados.

Los bolcheviques estaban alarmados sobre todo por los vínculos establecidos entre estos sectores anarquistas y una parte de los social-revolucionarios, facilitado por una tradición análoga de terrorismo individual y el acuerdo alcanzado desde los días de las negociaciones de Brest Litovsk sobre una valoración del comportamiento de Lenin en clave de traición y de servicios prestados a Alemania. No por casualidad la mayor parte del movimiento anarquista aplaudió el asesinato del representante alemán von Mirbach e incluso las tentativas insurreccionales que lo habían acompañado. Pero la preocupación de los bolcheviques no se tradujo en una represión generalizada.

Por ejemplo, una figura prestigiosa del anarquismo ruso, el príncipe Pëtr Alexandrovich Kropotkin, había conservado no sólo la libertad sino que había seguido escribiendo “querido Vladimir Ilich” al expresar críticas severas a varias medidas económicas y políticas adoptadas por el gobierno soviético. Kropotkin tenía un pasado glorioso pero, como muchos

anarquistas, se había desacreditado en 1914 y los años de guerra posteriores al haberse alineado con la Entente, sosteniendo la necesidad de hundir el Imperio alemán y desmembrar Alemania. Posteriormente, ya casi octogenario, había acabado apoyando la Revolución de Octubre, escribiendo llamamientos en su defensa dirigidos a los trabajadores de las potencias imperialistas que apoyaban a los blancos. Sus argumentos son interesantes y contribuyeron a la imagen internacional de la Revolución rusa, que representaba así:

En primer lugar, los trabajadores del mundo civil y sus amigos pertenecientes a otras clases, deberían inducir al [su] gobierno a abandonar del todo la idea de una intervención armada en los asuntos de Rusia —abierto o encubierta, militar o en forma de financiación a otras naciones.

Rusia está viviendo ahora una revolución de la misma envergadura e importancia que la experimentada en 1639-1648 por la nación inglesa y en 1789-1794 por Francia; y cada nación debería negarse a jugaros el papel vergonzoso que Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia jugaron durante la Revolución francesa.

Por otro lado, hay que tener presente que la Revolución rusa —que intenta construir una sociedad en la que el producto del esfuerzo conjunto de los trabajadores, de la capacidad técnica y de los conocimientos científicos vaya enteramente en beneficio de la comunidad— no es un mero accidente en la lucha entre partidos. Es algo que la propaganda comunista y socialista estaba preparando desde hace casi un siglo, desde los tiempos de Robert Owen, Saint Simon y Fourier; y aunque el intento de instaurar la nueva sociedad mediante la dictadura de un único partido esté aparentemente destinado al fracaso, es necesario reconocer sin embargo que la revolución ya ha introducido en nuestra vida cotidiana ideas nuevas en relación

con los derechos de los trabajadores, con su verdadero lugar en la sociedad, con los deberes de todo ciudadano: ideas ya indelebles

(Kropotkin, 1976: pp. 191-197).

Este reconocimiento del alcance y del significado de la revolución no quita que Kropotkin expresara críticas severas frente a muchas decisiones del gobierno soviético [1]. A veces basadas en la convicción de que los problemas del aprovisionamiento, de la penuria y del aumento de los precios dependían de una obsesión centralista y del “afán de mando de los hombres de partido, que son en su mayor parte comunistas sin experiencia (los ideólogos de viejo cuño operan sobre todo en los centros más grandes)”, con el resultado de destruir “la influencia y la fuerza creadora de estas jactanciosas instituciones, los soviets” (Avrich, 1976: pp. 186-189).

Críticas de esta naturaleza eran poco útiles, ya que Lenin era bien consciente de lo inadecuado de las fuerzas disponibles y estaba angustiado por las tareas ineludibles impuestas por la guerra civil. Pero en cualquier caso eran críticas que todavía podían hacerse libremente en 1920.

En otra carta al “querido Vladimir Ilich” de diciembre del mismo año Kropotkin atacaba en cambio una medida anunciada oficialmente en *Izvestia* y en *Pravda*: “el gobierno soviético ha decidido tomar como rehenes a algunos socialistas-revolucionarios del grupo de Savinkov y de Chernov, así como

1 Quizás no las que habría querido Emma Goldman, que en un informe de dos de sus visitas a Dmitrov lamentaba las reticencias del viejo revolucionario y lo describía como absorbido exclusivamente por la redacción de un tratado sobre ética. Ver Goldman, 1977, pp. 49-58.

algunos guardias blancos del centro nacional táctico y algunos oficiales de Wrangel y, en caso de atentado contra la vida de los líderes de los soviets, ajusticiar ‘sin piedad’ a dichos rehenes”. La carta proseguía con ejemplos de revolucionarios como Louise Michel, Malatesta o Volairine de Cleyre que habían defendido a quien había intentado matarlos o había rechazado acusarlos, y hacía un llamamiento a la consciencia revolucionaria de los bolcheviques:

Creo que para los mejores de entre vosotros el *futuro del comunismo* es más importante que la propia vida y que pensando en este futuro renunciaréis a estos métodos. Con todos sus graves defectos —y yo, como sabe, la veo bien— la Revolución de Octubre ha provocado un enorme cambio. Ha demostrado que una revolución social no es imposible, como habían empezado a pensar en Europa occidental. Y, con todos sus defectos, producirá un cambio hacia la *igualdad*, que ninguna tentativa de volver al pasado podrá eliminar (Ibid., pp. 189-191).

Kropotkin recordaba a Lenin que “justamente actos como este cometidos por revolucionarios del pasado han vuelto más difícil el experimento comunista”. Pero olvidaba simplemente que estas medidas eran una respuesta difícilmente sustituible a ataques despiadados. Una medida análoga (incluso más grave, dado que preveía que fueran tomados como rehenes los familiares de los sospechosos) fue tomada cuando algunos altos oficiales zaristas incorporados como “especialistas” en el Ejército Rojo habían transmitido importantes secretos militares al cuartel general de los blancos. Trotsky había explicado en varias ocasiones que el objetivo del terror no era destruir enemigos potenciales, sino obligar a los que dudaban a servir al Estado revolucionario en el momento más difícil. Y había recordado que en la guerra civil cualquier pena que no

fuera la de muerte raramente ejercía un efecto preventivo. Por ello el recurso a esta medida extrema fue varias veces suprimido y luego reincorporado en los momentos más dramáticos de la lucha, cuando la supervivencia misma de los soviets estaba en peligro.

En cualquier caso, a pesar de sus críticas no siempre objetivas, Kropotkin gozaba del respeto de los bolcheviques por su pasado. Como otras personalidades consideradas indispensables por la revolución (por ejemplo el científico Ivan Pavlov, por sus méritos como estudioso de los reflejos condicionados, y a pesar de su áspera polémica con los comunistas y con el marxismo), Pëtr Kropotkin gozaba de un trato muy especial, con raciones que doblaban a las disponibles en esos tiempos de carestía. En su funeral participaron muchos miles de personas, entre las cuales se contaban varios anarquistas detenidos, que obtuvieron el permiso de salir de la cárcel ese día, 13 de febrero de 1921. La casa natal de Kropotkin, un gran palacio en el barrio aristocrático de Moscú, fue devuelto a su viuda para hacer de él, con la ayuda de algunos estudiosos anarquistas, un museo para custodiar sus libros, cartas y recuerdos personales. Faltaba solo un mes para la insurrección de Kronstadt...

Puede parecer extraño no haber hablado todavía de Kronstadt, pero no es casual: si bien está en el centro de las polémicas y los mitos anarquistas, en realidad los anarquistas no tuvieron ningún papel significativo en los acontecimientos, como admite Paul Avrich, el más destacado historiador del anarquismo, además de autor de uno de los libros más importantes sobre ese episodio.

Kronstadt había tenido una historia de radicalismo latente que se remontaba a la revolución de 1905. La rebelión de marzo de

1921, como las insurrecciones precedentes de 1905 y 1917, fue una sublevación espontánea y no provocada —como se dice a menudo— por anarquistas o por cualquier otro partido o grupo concreto. Sus participantes eran radicales de todas las tendencias: bolcheviques, social-revolucionarios, anarquistas y muchos que no tenían ninguna filiación partidaria. Los anarquistas que habían desarrollado en Kronstadt un papel de primer orden en 1917 ya no se encontraban en el mismo lugar cuatro años más tarde (Paul Avrich, 1978, p. 269).

Algunos, como Zeleznjak o Bleijman murieron durante la guerra civil, y otros estaban combatiendo con el Ejército Rojo en varios frentes. Pero, sobre todo, concluía Avrich, “el espíritu del anarquismo, que había sido tan potente en Kronstadt durante la Revolución de 1917, había prácticamente desaparecido”.

La polémica sostenida durante años por los anarquistas sobre la represión en su contra no estaba mucho más fundamentada que su apropiación de la paternidad de la revuelta, que en realidad había incluido a no pocos marinos comunistas y, sobre todo, “sin partido” de la fortaleza y de los navíos fondeados en su puerto, y reflejaba el difuso malestar por la carestía y las distorsiones provocadas por el “comunismo de guerra”. Un malestar presente en buena medida en el mundo campesino (del que provenían muchos de los reclutas que habían reemplazado a la vieja guardia de 1917, a medida que era llamada a dirigir las unidades del Ejército Rojo) y al que el X Congreso del partido estaba intentando responder introduciendo la Nueva Política Económica (NEP).

Otra tesis infundada difundida entre más sectores, pero particularmente viva entre los anarquistas, es la de un papel

directo y particularmente despiadado de Trotsky, que en realidad aun compartiendo la responsabilidad con todo el grupo dirigente, no participó ni tan siquiera en el ataque, y menos aún en las medidas punitivas adoptadas por la Checa en las semanas y meses posteriores, que por lo demás no estaban dirigidas contra el movimiento anarquista, sino que tenían una lógica de venganza contra los insurrectos, que se presumía que habían hecho correr un riesgo gravísimo a la revolución. Efectivamente, todos los dirigentes comunistas estaban convencidos de que la revuelta estaba estrechamente ligada a los centros de los blancos en el exilio, que ya se habían jactado en muchas ocasiones de tener lazos con la guarnición de la fortaleza, y que se temía podían llegar en socorro de Kronstadt con la flota del Mar Negro “acogida” por Francia en la base tunecina de Biserta. El pánico había cundido entre todo el grupo dirigente, que había olvidado que los órganos de los blancos en el extranjero eran poco creíbles, dado que por ejemplo habían anunciado a menudo el éxito de inexistentes atentados contra Lenin. El hecho de que tras la fuga algunos de los miembros del comité hubieran escrito a Wrangel para ofrecerle sus servicios, por lo demás conocido con posterioridad, no debía impedir reconocer el carácter espontáneo e improvisado de la revuelta.

En cualquier caso, el carácter despiadado y los tiempos diferidos de la represión provocaron un salto cualitativo en la involución de la sociedad soviética. Si la cifra de caídos durante el ataque era casi equivalente entre asaltantes y defensores, e incluso en la primera fase las pérdidas eran mayores entre los atacantes, fácilmente alcanzados por una artillería protegida por muros fortificados, el daño político y moral mayor fue provocado precisamente por la larga cola de procesos y

ejecuciones sumarias que se prolongó durante meses, una vez superado el peligro, y que fue facilitada por los archivos abandonados por los dirigentes de la insurrección en el momento de su huída a Finlandia. A menudo se fusilaba a quien solo había votado una resolución o había anunciado darse de baja del partido comunista [2].

Un discurso aparte merece el fenómeno de las formaciones campesinas de Nestor Majno, que el movimiento anarquista considera parte de sus éxitos y que, en realidad, independientemente de la asimilación de algunas ideas anarquistas por parte del “pequeño padre” de Guliai Pole durante su larga detención anterior a 1917, es interpretado en el marco de las difíciles relaciones entre el poder soviético y los campesinos a partir de 1918. Las formaciones majnovistas, como tantas otras milicias verdes (es decir, ni blancas ni rojas...), se aliaron en diversos periodos con el Ejército Rojo, pero en otros lo combatieron duramente: esta y no la desconfianza ideológica fue la razón de los conflictos que tuvieron lugar. Pero el majnovismo es parte de la historia de la guerra civil en Ucrania y en la Rusia meridional, más que la del anarquismo, que ha hecho de él una bandera y un mito.

2 Para una reconstrucción equilibrada de la revuelta de Kronstadt véase Jean-Jacques Marie, *Kronštadt 1921. Il soviet dei marinai contro il governo sovietico*, Utet, Torino, 2007 (edición original francesa de Fayard). Menos convincente es el libro de Israel Getzler, *L'épopée di Kronštadt*, Einaudi, Torino, 1982, que tiene la virtud de reconstruir la historia precedente de la fortaleza desde 1905, pero que obvia el cambio de composición de la guarnición y de las tripulaciones de los navíos, que en 1921 ya no eran más que una mínima parte de las de 1917.

Bibliografía citada

- Avrich, P.** (1978) *L'altra anima della rivoluzione. Storia del movimento anarchico russo*, Milán: Edizioni Antistato.
- Goldman, E.** (1977) *La sconfitta della rivoluzione russa e le sue cause*. Milán La salamandra.
- Kropotkin, P.** (1976) *Messaggio ai lavoratori dell'occidente*, en Avrich, Paul *Gli anarchici nella rivoluzione russa*. Milán: La salamandra. El texto se escribió el 10 de junio de 1920, y fue entregado a una delegación británica que le había visitado en Dmitrov (*British Labour Delegation to Russia 1920*. Report, London 1920).
- Lenin, V. I.** *Carta a los comunistas alemanes. Opere, vol. 32*.
- Serge, V.** (1967) *L'anno primo della rivoluzione russa*. Turín: Einaudi.

TENTATIVAS DE ENCUENTROS
ENTRE HERMANOS ENEMIGOS

1

A pesar de la fatídica dinámica fraccional que pareció convertir en “insuperable” la ruptura entre los partidarios de Marx y los de Bakunin, lo cierto es que estaban condenados a entenderse como sucedió en la *Commune* y sucedería en otras muchas ocasiones. Entre otras cosas, porque los objetivos del movimiento obrero tenían que estar por encima de las diferencias, diferencias que existían a muchos niveles, incluso dentro de los propios seguidores de unos y otros.

A pesar de las diferencias tácticas, la II Internacional no dudó en proclamar el 1.º de Mayo como el día de los trabajadores, de la lucha por las ocho horas (8 para el trabajo, 8 para el descanso, 8 para la libertad) en homenaje a los mártires de Chicago, todos ellos anarquistas. Aunque no sin obstáculos, se sucedieron los encuentros, como los que llevaron a unos y a otros a apoyar el impulso del sindicalismo revolucionario tanto en la CGT francesa como en la Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo) norteamer-

* **Pepe Gutiérrez-Álvarez** es autor de varios libros de historia social, el último (de próxima aparición) *Nin y el POUM. Una historia abierta* (Laertes), coordinado junto con Pelai Pagès. Es miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

ricana, sin olvidar que en el paso inicial de la CNT tomaron parte obreros socialistas. En ocasiones, las fronteras ni se plantean, se lucha y se debate codo con codo como fue en el caso de los influyentes círculos de intelectuales radicales norteamericanos de principios del siglo XX y en el que tomaron parte personalidades como Emma Goldman, Alexander Berkman, John Reed o Carlo Tresca que apoyaron unánimemente la Revolución mexicana, pero que acabarían rompiendo en el curso de la Revolución rusa, conflicto representado en *Reds* (USA, 1980) en las enconadas discusiones finales entre Reed y Emma Goldman, dos actores muy representativos de una ruptura trágica cuyas consecuencias perduran todavía.

Esta ruptura fue el reverso del mayor encuentro entre ambas escuelas, un encuentro que tuvo lugar en los “años felices” de la revolución cuya máxima expresión quizás fue la Constitución soviética de 1918, una fase que precede a otra muy diferente, la de la guerra “civil” que dejará al país literalmente al borde del abismo. Entusiasmo y decepción parecen caras de una misma moneda: el entusiasmo es la proyección idealizada de “la revolución anarquista” para después ver “la contrarrevolución”.

Entre el sueño y la decepción se sitúan los acontecimientos de Kronstadt y la represión de la *macknovitchina* en un contexto de repliegue en el que, al decir de Isaac Deutscher, los bolcheviques “quemaron todo lo que antes amaban y amaron todo lo que antes quemaban”. Una idea de lo que esta represión significó para los anarquistas la podemos encontrar reflejada en *La Patagonia rebelde* (Argentina, 1974), la magnífica película escrita por Osvaldo Bayer y en la que los responsables de la matanza “argumentan” que hasta Lenin los reprimía, aunque la realidad fue que los verdugos no establecieron

distinción entre anarquistas y comunistas.

Desde Kronstadt los anarquistas desarrollaron una tenaz campaña de deslegitimación del curso tomado por la revolución. Acusaron al Lenin de *El Estado y la revolución* de “falsario”, pero su mayor indignación fue contra León Trotsky, considerado principal responsable de la represión como jefe del Ejército Rojo. La radicalidad de esta ruptura llevó a los anarquistas a desestimar el combate de la Oposición de Izquierda primero y del “trotskismo” después. No distinguieron entre el Trotsky del final de la guerra civil y el que lideró la oposición contra la burocracia en la URSS y en el exilio. Esta actuación no le libró de ser tratado de “Stalin fallido” por Emma Goldman, Arthur Lehning o Diego Fabbri, que vieron el estalinismo como la consecuencia natural de lo que Lenin y Trotsky habían hecho; incluso lo entienden como el producto del “autoritarismo marxista”.

Esta secuencia quedará fijada en la memoria anarquista de tal manera que parece imposible hablar de diferencias; lo hizo en cambio Camillo Berneri en la Barcelona de 1937 y no le hicieron caso. No fue hasta que asistió al proceso contra el POUM que Emma Goldman asumió que existía un abismo entre el POUM y el PSUC estalinizado de la época.

2

Sin embargo, hubo una fracción de origen libertario que continuó trabajando en la Internacional Comunista (IC) y en la Internacional Sindical Roja (ISR), y que apoyó a Trotsky contra Stalin. Estos antiguos libertarios respondieron como legitimadores de la revolución y el comunismo “a pesar de todo”, una actitud que causó consternación en el sector decepcionado

desde el cual fueron tratados como “tránsfugas”.

Desde este punto de vista resulta bastante representativa la explicación ofrecida por Germinal Gracia, quien en su enciclopédica *Antología del anarcosindicalismo* comienza la definición evocando a los “tránsfugas” en la fase de la represión de Martínez Anido-Arlegui entre los cómplices de la policía que antes habían militado en la CNT. A continuación, cuenta que:

Durante los años 1920 y 1921 grandes esfuerzos fueron realizados por los rusos para ganar los líderes de estos grupos. Tuvieron un éxito parcial. Tom Mann de Inglaterra; Rosmer, Monatte y Monmousseau de Francia; Nin de España; William D. Haywood de los Estados Unidos hicieron más que pasarse a los comunistas y lograron llevarse con ellos muchos de sus partidarios en la ISR... (Gracia, 1988: p.493).

Militante culto y aventurero, conocido en los medios confederales como “el Marco Polo de la anarquía”, Germinal no mostró el menor interés por saber quiénes había detrás de los nombres: que Tom Mann fue el más veterano de los brigadistas internacionales en España amén de una leyenda del socialismo británico, mientras que William D. Haywood fue el más destacado de los “wobblies” que no tardó mucho en fallecer.

En esta lista sobresalía Victor Serge, que había militado en el anarquismo en Francia y participó como *cenetista* en la huelga general de agosto de 1917; una experiencia que le sirvió para redactar *El nacimiento de nuestra fuerza*. Sobre Serge dirá el periodista anarcosindicalista Joan Ferrer en sus memorias:

No sé si sería un partidario del mínimo esfuerzo, pero lo cierto es que de la noche a la mañana pasa de anarquista individualista a autócrata del concepto de la revolución constante de

Trotsky. Y este le otorga su confianza, porque comprueba su inteligencia (...) Pero las cosas van mal para Trotsky, que tiene que escapar y va a México. Kilbatchiche, detrás. Un enviado de Stalin asesina a Trotsky, y queda como cabeza visible del trotskismo nuestro Victor Serge le Rétif.

La rueda de las vidas (Porcel, 1978: p. 402).

Una manera en verdad sumaria de escribir la historia.

Conviene anotar que ni Gracia ni Ferrer dan al concepto las mismas connotaciones cuando el “tránsfuga” viene para casa. Valga como ejemplo el caso harto simbólico de Helios Gómez, cuyo singular periplo artístico militante encajó incómodamente con una trayectoria organizativa que le llevó de la CNT al PCE y luego al BOC para pasar nuevamente al PCE y en plena guerra civil regresar a la CNT, en donde fue acogido como un artista que no pudo renunciar a su verdadera naturaleza libertaria, de hecho, tan auténtica y tan compleja como las otras.

Sin embargo, en un debate en torno al documental *Victor Serge, l'insurgé*, de Carmen Castillo celebrado en el Museo de Santa Mónica en Barcelona, coincidimos en que éste nunca renunció a sus ideas primigenias; si acaso las fue madurando desde que en 1917 hizo lo que creyó que había que hacer: tomar parte en una revolución como antes lo había hecho en Barcelona.

Durante más de medio siglo, Rosmer y Monatte encarnaron lo mejor de la tradición del sindicalismo de Amiens. Internacionalistas en 1914, representantes del ala izquierda del primer Partido Comunista Francés (PCF) con el apoyo de la Internacional y en oposición a los socialdemócratas como Marcel Cachin, serán luego los primeros en oponerse a la III Internacional moldeada según las exigencias del “socialismo en un solo país”. Entre sus obras, Rosmer legó uno de los testimonios más honestos y fehacientes de los primeros años de la revolución: *Moscú bajo Lenin* (París, 1953, con prólogo de Camus; hay una versión en ERA, México, 1982), en no poca medida, una réplica a la narración ofrecida por la AIT negra, recompuesta en 1922.

La trayectoria de Monatte fue un tanto diferente. Él nunca dejó de pensar en clave sindicalista para desesperación de Trotsky, que la valora pero que la estima desfasada después de 1917. Aunque participó en el inicio del PCF y en la Oposición de Izquierdas en la segunda mitad de los años veinte, Monatte desconfió del bolchevismo y se apartó de Trotsky, al que defendió siempre contra el estalinismo. Su militancia se centra en el colectivo de izquierda antiestalinista que se organiza alrededor de la Liga Sindicalista que estará en la base de la revista bimestral *La Révolution Prolétarienne*, en la que el marxismo abierto y el sindicalismo se dan la mano. Fundada en 1927, la revista fue cerrada con la ocupación nazi, para reanudar su andadura en 1947 y, no sin serias dificultades, se mantiene hasta el presente. Por sus páginas figuran algunos de los fundadores del comunismo francés —Fernand Loriot, Boris Souvarine, más Rosmer y Monatte— y desfilan las

plumas de Daniel Guérin, Simone Weil, Michel Collinet, Jean Maitron, Maurice Paz, Robert Louzon, Victor Serge por supuesto y, en los años cincuenta, Albert Camus. A pesar de su prestigio la *Liga Sindicalista* no consiguió superar la marginalidad por más que durante las “jornadas de junio” del 36 en Francia, las fábricas ocupadas aparecieron pobladas de banderas rojas y negras (fenómeno que se repetirá en el mayo del 68).

Durante la guerra española, la Liga sostiene por igual a la CNT y al POUM. A lo largo de los años treinta, algunos de sus componentes polemizaron con Trotsky, sobre todo en relación al balance de la Revolución rusa y del leninismo, pero será Victor Serge el que mantendrá un pulso de mayor altura con el que consideraba como “el último gigante” de una época que se cerraría con el mayo del 37 en Cataluña. Luego, ya nada fue igual: el movimiento obrero clásico, pluralista e intempestivo, quedaría “disciplinado” por socialdemócratas y comunistas hasta fechas recientes.

Serge, que tuvo la fortuna de escapar (por los pelos) del *universo concentracionario* estalinista, planteó ante Trotsky una serie de objeciones que iban desde la oportunidad de crear una Internacional en la medianoche del siglo hasta los problemas éticos, planteados por la premisa de la revolución como ley suprema, un debate sobre el que Enzo Traverso ofrecerá unas luminosas reflexiones (2009).

En este marco resurge el debate sobre Kronstadt, dando lugar a una enconada polémica que trasciende el propio acontecimiento. Para Serge, “la revolución bolchevique se autoprovocó la muerte con la creación de la Cheka, instrumento del Terror Rojo, precursor del GPU, la NKVD, y la KGB, los cuales exterminaron a la generación revolucionaria de bolchevi-

ques” (Serge, 1940). Con estos criterios, Serge marcó el comienzo de la degeneración burocrática en el curso de una guerra civil despiadada que destruyó la base social y militante de la revolución creando por “necesidad” aparatos que acabaron determinando la situación. Sin considerar el peso que había llegado a tener la Checa, no se puede entender el dilema de Kronstadt en el que intervienen hasta los líderes de la Oposición Obrera en el PCUS que era tachada de anarcosindicalista.

Combinando la defensa de la revolución con una firme autocrítica, Serge trata de encontrar un nuevo paradigma reafirmando los siguientes principios: “I.- Defensa del hombre... II.- Defensa de la verdad. III.- Defensa del pensamiento”

Sus reflexiones fueron bastante coincidentes con las de George Orwell, Simone Weil o Albert Camus y están siendo revalorizadas en los últimos tiempos. En el mismo contexto aparecen también los surrealistas, un colectivo por libre que cuando se trata de optar políticamente refleja tanto la influencia de Trotsky como la del anarquismo. No fue por casualidad que Walter Benjamin escribiera: “Desde Bakunin a Europa le faltaba una idea radical de la libertad. Los surrealistas tienen esta idea” (Benjamin, 1980; p. 1).

Esta conexión se percibe netamente en la redacción del *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente*, un texto explícitamente autocrítico. También estará en la propuesta de crear la FIARI (Federación Internacional de Artistas Independientes), en donde figuran militantes trotskistas como Maurice Nadeau e intelectuales anarquistas como Herbert Read; pero la ocupación nazi de Francia da al traste con un movimiento que también había conseguido arrancar en América Latina (en México y Brasil) y en los Estados Unidos, donde

sobresale Dwight MacDonald, poeta y ensayista de altos vuelos que, dentro de una larga trayectoria militante, pasará del trotskismo al anarquismo para acabar siendo uno de los portavoces de la izquierda insumisa contra la guerra del Vietnam. Por su lado iba el propio Breton, quien, sin renunciar a nada de lo que había defendido antes, operó una mayor aproximación al anarquismo en los años cuarenta.

Pocos años antes de fallecer con el aspecto de un mendigo, soñando con un retorno a Europa, Serge escribe estas líneas reveladoras:

Nada ha terminado. Estamos en el comienzo de todo. A través de tantas derrotas, unas merecidas, otras gloriosamente inmerecidas, es evidente que la razón más que el error está de nuestra parte. ¿Quiénes son los que pueden decir lo mismo? Solamente al socialismo corresponde aportar mañana, a la revolución iniciada, una doctrina renovadora de la democracia, una afirmación irreductible de los derechos del hombre, un humanismo total que abarque a todos los hombres.

(Solano, 2010: p. 23).

Pensaba que derrota tras derrota, llegaría la victoria final.

4

En estas mismas estancias emerge la figura de Daniel Guérin, quien se convertirá en algo así como la mano derecha de Marcéau Pivert, líder de la tendencia Izquierda revolucionaria dentro de la SFIO, miembro del secretariado federal del Sena —corazón del ala izquierda socialista— y de la “Comisión

Colonial”, por lo que fue excluido por “trotskista” en 1938. Personalidad rica, intensa —fue, entre otras cosas, uno de los “padres” del movimiento gay en Francia, un verdadero erudito anticolonialista amén de destacado historiador—, Guérin toma parte de las mismas batallas y de las mismas controversias que Monatte y Serge, de una izquierda a la que el epíteto de “libertaria” le encaja como un guante.

Después de una intensa y variada obra, a finales de los cincuenta inicia su fase libertaria con *Marxismo y socialismo libertario*, en la que declara que “viviré para ver el derrumbe de esta civilización” y que a los jóvenes no les parece deseable “un futuro socialista debido a la subordinación absoluta del individuo a una idea política del Estado”. Guérin reivindica el marxismo de Rosa Luxemburgo y el del primer Trotsky. Proclama que “tras un baño de anarquismo, el marxismo de hoy puede salir limpio de sus pústulas y regenerado”.

En su opinión:

El anarquismo es inseparable del marxismo. Oponerlos es plantear un falso problema. Su querrela es una querrela de familia. Veo en ellos a dos hermanos gemelos arrastrados a una disputa aberrante que los ha hecho hermanos enemigos. Forman dos variantes, estrechamente emparentadas de un solo y mismo socialismo. Además su origen es común. Los ideólogos que los engendraron hallaron conjuntamente su inspiración primero en la gran Revolución francesa, y luego, en el esfuerzo emprendido por los trabajadores en el siglo XIX —en Francia a partir de 1848—, con miras a emanciparse de todos los yugos. La estrategia a largo plazo, el objetivo final es, en resumidas cuentas, idéntico. Se proponen derribar el capitalismo, abolir el Estado, deshacerse de todo tutor, confiar la riqueza social a los trabajadores mismos. No están en

desacuerdo más que en algunos medios para lograrlo, ni siquiera en todos. Hay zonas de pensamiento libertario en la obra de Marx o en la de Lenin (...) Sus desacuerdos de hace un siglo se basaban principalmente en el ritmo de desaparición del Estado tras el estallido de una revolución, el papel de las minorías (¿conscientes o dirigentes?) y, también, el uso de los medios de la democracia burguesa (sufragio universal, etcétera). A éstos se han agregado un cierto número de malentendidos, prejuicios y cuestiones verbales (Guérin, 1979).

En base a estos criterios, Daniel Guérin produjo una obra de signo libertario que fue editada y reeditada y que tuvo una reconocida influencia en la confluencia de marxistas y anarquistas en el Mayo del 68, la que se concreta en el Movimiento 22 de Marzo, el último encuentro entre ambas escuelas, al menos en sus expresiones más abiertas, menos sectarias. Obviamente, la obra libertaria de Guérin plantea numerosas cuestiones a debatir: por citar un ejemplo, la caracterización de “la matriz jacobina”, pero su esfuerzo merece el mayor reconocimiento. Guérin batalló sobre temas de la mayor trascendencia. Entre sus batallas cabe registrar una investigación del asesinato del líder tercermundista Ben Barka y la creación de una “comisión” para estudiar y discutir sobre los hechos de Kronstadt. Trató de crear áreas de encuentro y de reconocimiento. Todo ello con la convicción de que las discrepancias no tienen por qué resultar negativas, y mucho menos motivo de división y de guerras sectarias. Por el contrario, pueden ayudar a comprender mejor la complejidad de los problemas.

Monatte, Rosmer, Serge, Benjamin, Breton, Guérin, están animados por esa “idea radical de la libertad”. Una idea reafirmada después del desastre de la experiencia del “socialismo

policíaco” desde los años cincuenta. Esta idea se ha reforzado con la caída del “socialismo real” y con el descrédito de los “aparatos” políticos y las burocracias sindicales. Se ha reforzado con la experiencia pero también con la expansión cultural hacia abajo que supuso “el espíritu del 45”: el tiempo de una base social combativa pero analfabeta en muchos casos o con una formación cultural deficiente, ya ha pasado. El encuentro entre la cultura y el pueblo puede ser ahora más posible que nunca y por lo tanto el esquema desde abajo hacia arriba se impone como un horizonte irrenunciable.

5

Desde la perspectiva del triunfal-capitalismo, del naufragio del movimiento obrero, de la ruina de sus mayores perversiones (la oportunista y la burocrática), el balance de las “guerras frías” entre las diversas escuelas socialistas (e incluso en su seno), ha de tomarse como un auténtico desvarío. Hay que tomar el sectarismo como lo que es, una patología. Los que lo padecen se distinguen por su incapacidad de poner por delante los intereses comunes a los suyos propios, los de grupos y líderes que se cobijan bajo el paraguas de los clásicos para guarecerse de la crueldad del mundo y de los problemas del cada día proyectando sobre su ego la sombra de pasadas grandezas. Lo contrario del sectarismo es la autocrítica y el debate abierto. La comprensión de que las exigencias de la realidad —del movimiento— están por encima de los preceptos doctrinales.

En nuestro caso, la herencia de la guerra en la guerra (sobre todo por la actuación del estalinismo, pero no solo) ha sido devastadora. Ni en el exilio ni en el curso asambleario de los

agitados tiempos de la Transición, hubo una conciencia de esta necesidad, aunque justo es reconocer que no todo el mundo actuó por igual como lo es el reconocimiento de experiencias radicalmente pluralistas como fueron las de *Ruedo Ibérico* y luego de *El Viejo Topo*, sin olvidar algunas editoriales o periódicos que trataron de ocupar el espacio de una prensa alternativa que no pudo ser, entre otras cosas por esta misma incapacidad de aceptar el debate y el pluralismo como aportes necesarios. En este mismo terreno habría que hablar de diversas web apartidarias, por no hablar de entidades memorialistas como “Todos los nombres”, así como de entidades como la Fundación Andreu Nin, entre otras, que han asumido una concepción pluralista de nuestra historia.

Me parece que lo más importante de las grandes ideas es que aprendan a estar a la altura de las circunstancias, que sepan unir la democracia y la eficacia, lo individual y lo colectivo, algo así como la cuadratura del círculo que Daniel Bensaïd expresó al evocar una tensión inevitable entre las lógicas de poder y las exigencias de la autoemancipación, entre lo colectivo y el individuo, entre la norma mayoritaria y el derecho de las minorías, entre el socialismo por la base y un grado necesario de centralización y síntesis. Es decir, la hipótesis de un *leninismo libertario* sigue siendo un desafío de nuestro tiempo (Sanmartino, 2006).

Nota final. Este trabajo viene a ser algo así como una síntesis de otros muchos del autor publicados en las redes, especialmente en Kaosenlared. El personal interesado encontrará fácilmente las conexiones y en ellas información sobre una abundante bibliografía historiográfica.

Bibliografía citada

- Benjamin, W.** (1980) *El surrealismo, la última instantánea de la inteligencia europea*. Madrid: Taurus. Gracia, G. (1988) *Antología del anarcosindicalismo*. Caracas: Ediciones Ruta.
- Guérin, D.** (1979) “Hermanos gemelos, hermanos enemigos”. En *Por un marxismo libertario*. Gijón: Ed. Júcar. Disponible en: www.kaosenlared.net/.../93028-daniel-guérin-marxistas-y-anarquistas-herman.
- Porcel, B.** (1978) *La revuelta permanente*. Barcelona: Planeta. IV Premio Espejo de España de la Editorial Planeta.
- Sanmartino, J.** (2006) Entrevista a Daniel Bensaïd. Disponible en: www.democraciasocialista.org/?p=2562.
- Serge, V.** (1940) *Portrait de Staline*. París: Grasset. Citado en “Treinta años después de la Revolución rusa”, texto incluido en la edición de V. Serge *El destino de una revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera.
- Solano, W.** (2010) Prólogo a V. Serge *El destino de una revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera.
- Traverso, E.** (2009) *A sangre y fuego*. Valencia: PUV.

EL DEBATE DE 1928 PEIRÓ-MAURÍN Y SUS SECUELAS

Cuando a partir del sexenio revolucionario iniciado en septiembre de 1868 penetraron en España las ideas internacionalistas, muy pronto se evidenció que las dos grandes tendencias que presidían la recién constituida Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) iban a tener también su adecuada concreción entre los trabajadores españoles. Si bien es cierto que en primera instancia las habilidades de Giuseppe Fanelli, el delegado de Bakunin en España, consiguieron que un mayor número de obreros asociados se inclinase hacia las posiciones anarquistas, no es menos cierto que muy pronto las ideas marxistas también acabaron cuajando entre determinados sectores del movimiento obrero español, hasta el punto de que la dicotomía que se había producido en el seno de la AIT también acabó produciéndose en España.

Es cierto que a menudo se ha considerado que fue en Cataluña donde arraigaron con más contundencia las ideas internacionalistas del anarquismo mientras en Madrid el marxismo acabó cuajando entre los trabajadores tipógrafos organizados en torno a Pablo Iglesias. Sin embargo, esta dicotomía no se

* **Pelai Pagès** es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de Barcelona y autor, entre otras obras, de *Cataluña en guerra y en revolución, 1936-1939* y *Andreu Nin. Una vida al servicio de la clase obrera*.

corresponde del todo a la realidad. Hasta iniciado el siglo XX el movimiento obrero en España tuvo enormes dificultades para consolidarse, tras la represión que siguió al fracaso de la Primera República y a las insurrecciones cantonalistas de 1873 y las subsiguientes prohibiciones que negaban los mínimos derechos de asociación a la clase obrera, con las que el nuevo Estado de la Restauración pretendió consolidar el poder de las clases dominantes. De hecho no fue hasta las primeras aperturas liberales de los años ochenta cuando se volvió a una cierta reorganización y no deja de ser paradigmático que los primeros pasos para la formación del Partido Socialista y del sindicato socialista UGT se dieran desde Cataluña. Es conocido que en Barcelona, pero también en otras ciudades como Reus o Mataró, existían núcleos socialistas muy activos que propiciaron la reorganización de estos años, mientras las disputas entre anarco-colectivistas y anarco-comunistas terminaron con los episodios del terrorismo de la última década de siglo y con una desorganización total del anarquismo. Al mismo tiempo, es cierto, se consolidaba un núcleo socialista muy potente desde Madrid.

En la práctica no fue hasta finales de la primera década del nuevo siglo XX cuando, tras episodios como la huelga general de 1902, la impactante presencia del lerrouxismo o la revolución de julio de 1909 —la mal llamada Semana Trágica—, el anarquismo se acabó consolidando desde un punto de vista organizativo. La creación de la Confederación Nacional del Trabajo —en sus orígenes denominada Confederación General del Trabajo— en 1910 fue el punto de partida de una progresiva expansión que se intensificó tras la huelga general revolucionaria de 1917. Los años siguientes el desarrollo del sindicalismo anarquista fue espectacular y acabó siendo

hegemónico en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Andalucía. Solo la intensa represión de los primeros años veinte, coincidiendo con la etapa del pistolero, y la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, frenaron su crecimiento. Paralelamente, aunque quizás no con la misma rapidez, el socialismo marxista consiguió también consolidarse en España, a partir sobre todo de los tres polos de desarrollo que configuraban el triángulo entre Madrid —considerada sede tradicional del socialismo marxista, Asturias —donde muy pronto surgió un movimiento obrero, basado en la minería, muy activo— y Vizcaya —tradicional enclave de la industria siderometalúrgica en el Estado español.

En este contexto, en vísperas de la instauración de la Dictadura tenía que producirse otro acontecimiento que afectó sobre todo al socialismo marxista, y en menor medida también a la CNT: el triunfo de la Revolución de octubre en Rusia y la proliferación de los nuevos partidos comunistas, fenómenos que en España se concretaron en la formación de los primeros núcleos comunistas procedentes de pequeñas escisiones sufridas por el Partido Socialista y sus juventudes. La única excepción fue Cataluña, donde los primeros núcleos comunistas que se constituyeron procedían de la CNT. Como es conocido, muy pronto destacaron, entre estos, personalidades como Andreu Nin y Joaquín Maurín, quienes no solo habían sido militantes de la CNT, sino que también habían ostentado el cargo de Secretario General del sindicato. Y aunque la aparición del comunismo en España fue, en sus orígenes, bastante residual, a lo largo de los años 30 y sobre todo durante la guerra civil, acabó alcanzando una significativa influencia.

La polémica de 1928: la “provocación” de Maurín

Fue precisamente Joaquín Maurín, en un momento en que ya estaba completamente comprometido con las ideas marxistas y lideraba la Federación Comunista Catalano-Balear, quien inició un debate sobre el arraigo del anarquismo, en el semanario catalán *L'Opinió*, en el que acabaron participando, entre otros, Joan Peiró y el mismo Andreu Nin. Su artículo inicial tenía en muchos aspectos un objetivo claro de provocación: “Socialismo y anarquismo: Pablo Iglesias y Anselmo Lorenzo”[1]. Se trataba de los dos representantes históricos de ambas corrientes, “dos hombres hermanados por dos doctrinas y dos métodos abiertamente opuestos, en torno a los cuales se ha dividido y se ha agrupado la clase obrera de España durante más de un siglo”. E inmediatamente soltaba la primera andanada, planteando que Iglesias hizo más por el anarquismo que por el socialismo, ya que los fundamentos del anarquismo se hallaban básicamente en los errores y en el oportunismo del Partido Socialista, del cual Iglesias fue el inspirador y su “verbo” durante muchos años. Según Maurín, si la clase obrera catalana se había hecho anarquista ello se debía a su oposición a un partido que siempre había ido del brazo de la pequeña burguesía y acusaba al Partido Socialista de haber desarrollado una política de colaboración de clases, falta de espíritu revolucionario y de emoción proletaria.

Era gracias a esta política del socialismo que pudo desarrollarse a sus anchas el anarquismo, ya que encontró un terreno favorable “para poder arraigar y extender su influencia”. Tras

1 Salió publicado en *L'Opinió*, 14 de abril de 1928. Tanto el título como las citas siguientes están traducidas del catalán.

citar a Lenin e insistir en que el anarquismo, como el sindicalismo revolucionario, “ha crecido como reacción contra las debilidades de los viejos partidos socialistas”, añadía otra característica del anarquismo: su falta de consistencia doctrinaria, de tal manera que si el anarquismo había mantenido su presencia durante mucho tiempo entre la clase obrera se debía a dos factores externos a él mismo: “la política conservadora del Partido Socialista y la falta de una educación teórica que diese al proletariado conciencia clara de su misión histórica y la inteligencia de los medios que era preciso poner en práctica para conseguir el triunfo”. Las deficiencias teóricas e ideológicas también afectaban a Pablo Iglesias y al socialismo, puesto que los dirigentes históricos del socialismo jamás se habían preocupado de formar ideológicamente a la clase obrera en los supuestos del socialismo científico, de tal manera que la confusión ideológica del socialismo también permitió al anarquismo —“especie de vegetación espontánea”— crecer allí donde el terreno era baldío.

De la misma manera que Iglesias propició el anarquismo, Anselmo Lorenzo tuvo sus responsabilidades en la difusión del socialismo, en la medida en que el anarquismo alejaba a los sectores más capaces y preparados de la clase obrera de la actividad política, hasta el punto de que la vida social se estaba desarrollando sin que el proletariado tuviera una intervención propia. En este punto, no le faltaban recursos literarios a Maurín: “Se trata de un inmenso cementerio, donde solo se oye el ruido de la tierra que se hunde bajo los pies de los espectros misteriosos que se mueven en medio de una noche sin fin” (...) “un Hamlet seducido por el afán de acción, pero perturbado por la incompreensión patente de los problemas planteados ante él”. Así el Partido Socialista podía

presentarse como el único dirigente de los trabajadores de España, con un socialismo aguado que dependía en la actualidad de la ensoñación en que se hallaba sumido el proletariado.

La conclusión final a que llegaba Maurín era previsible. A pesar de las aparentes diferencias, Iglesias y Lorenzo no siguieron caminos demasiado alejados y en realidad caminaron por la misma vía: “Quizás sin Iglesias el anarquismo no hubiera tenido entre nosotros la importancia que tuvo. Probablemente, sin Lorenzo, el Partido Socialista casi no existiría. ¿Cuál de los dos fue el más anarquista? ¿Cuál el más reformista?”.

La réplica de Joan Peiró

La provocación estaba servida. Y no pasaron muchas semanas en que un dirigente de la CNT de la talla de Joan Peiró contestara con contundencia a las teorías de Maurín, un Maurín que, como apuntaba Peiró en el título de su réplica, estaba “haciendo de Maurín” (Peiró, 1928a). Partiendo de que este había realizado una interpretación arbitraria y tendenciosa de la historia del movimiento obrero, y de que él iba a ajustarse a una interpretación más ajustada a la verdad histórica, Peiró iniciaba su artículo constatando la hegemonía inicial del anarquismo en el movimiento obrero español, para, a continuación, explicar que el fracaso del socialismo marxista en Cataluña se debía al hecho de que Iglesias muy pronto vio la imposibilidad de que el marxismo que arraigaba en Madrid lo hiciera en Cataluña. La razón era clara: “en Cataluña existe un problema psicológico y un sentimiento autóctono incomprensidos por los socialistas madrileños, problema y sentimientos

que, en cierta forma, son incompatibles con el sentido unitario y centralista del socialismo internacional”. Inmediatamente hacía referencia al hecho de que Cataluña había sido la cuna del federalismo, razón por la cual Cataluña se hacía impermeable al socialismo marxista, en la medida en que este “es absorbente, y el anarquismo es esencialmente federalista”. Su reflexión inicial terminaba refiriéndose al “carácter” del obrero catalán profundamente laborioso y revolucionario, mientras “las directivas del socialismo madrileño están representadas por la apatía ante el trabajo y la avidez ante los cargos burocráticos, vengan de donde vengan”.

Tras una crítica al colaboracionismo político de los socialistas en todo el mundo y un reconocimiento a la consistencia ideológica de la doctrina económica de Marx, Peiró proseguía con una reivindicación profunda tanto de la tarea intelectual y espiritual de Anselmo Lorenzo, como del propio anarquismo. Y no dudaba en diferenciar el movimiento de la “vegetación espontánea” mencionada por Maurín, al tiempo que comparaba huracanes universales con los “grandiosas legiones comunistas” que habían existido en Italia y aventuraba también un triste final a las también “grandiosas legiones comunistas francesas”. Se trataba de pirámides de arena que el viento se encargaba de destruir sin compasión.

Como contrapunto el anarquismo español había estado siempre a la altura de las circunstancias. Peiró mencionaba su actuación en los acontecimientos de 1917 para destacar que “fuimos los primeros, y casi los únicos, en lanzar nuestras fuerzas a la calle en defensa de la libertad y la dignidad públicas” y recordaba el ofrecimiento que en 1918 había realizado Salvador Seguí para que las izquierdas recogiesen el clamor y las energías de la CNT... Terminaba su artículo con un agrio

comentario sobre Maurín, a quien acusaba de realizar una tarea partidista y claramente negativa.

La continuación del debate

Tras este primer artículo de Peiró, se inició un debate que se prolongó prácticamente a lo largo de todo el año 1928. La primera contrarréplica vino por parte de un militante nacionalista, Jaume Aiguadé i Miró, quien en síntesis señalaba que, según Peiró, la presencia del anarquismo y del sindicalismo revolucionario en España y sobre todo en Cataluña se debía a “condiciones étnicas, por idiosincrasia, por motivos geográficos o de medio ambiente, incluso, de educación política”, hasta el punto de que el anarquismo sería una prolongación del federalismo (Aiguadé i Miró, 1928). En el mes de junio Peiró publicó dos artículos más en los que, en el primero, defendía siempre la estrecha vinculación entre el anarquismo y el sindicalismo, movimientos que a pesar de poseer mutua independencia, era difícil comprender separadamente, puesto que la reivindicación de uno comportaba la reivindicación del otro y recordaba un artículo que había publicado en 1924 en el que reivindicaba el papel que debían tener los intelectuales en la elaboración de una estrategia revolucionaria (Peiró, 1928b). En un segundo artículo seguía planteando la relación existente entre ambos movimientos, con la convicción de que solo el anarquismo podía evitar que el sindicalismo derivase en un sentido conservador (Peiró, 1928c).

Maurín contestó a Peiró a principios de julio, cuestionando la base fundamental de su argumentación a partir de consideraciones psicológicas y geográficas (Maurín, 1928b). Partía de la

base de que el dirigente sindicalista “razona más como catalán que como anarquista. Quiere conciliar su catalanidad con su anarquismo. Y en esto precisamente se contradice”. Tras señalar la importante presencia del socialismo en Cataluña durante las dos primeras décadas del siglo, defendía el hecho de que la cuestión geográfica o étnica no desempeñaba ningún papel en la ideología del estamento obrero y afirmaba tajantemente que el anarquismo no tenía nada que ver con el carácter catalán. Tras señalar que en España el anarquismo había arraigado sobre todo entre el campesinado andaluz — “el ideal del común libre, del acuerdo mutuo, de la libertad individual absoluta, corresponde a una mentalidad simplista para la cual los problemas de la vida social ofrecen poca complejidad” —, recordaba la importancia que había tenido en Cataluña la llegada de trabajadores andaluces, murcianos, aragoneses, extremeños, obreros no cualificados, peones, sin ninguna preparación teórica previa, que configuraron la base del anarquismo en Barcelona. Mientras el obrero catalán quedaba relegado a una situación completamente secundaria.

Maurín aún publicó dos artículos más en los que abundaba en prácticamente los mismos argumentos. En el primero —publicado en el mes de septiembre— definía al anarquismo como un “sarampión romántico”, una enfermedad que generalmente se pasaba en la juventud, para afirmar tajantemente que el anarquismo no era un movimiento revolucionario, en la medida en que no había realizado nunca una revolución, puesto que estaba incapacitado por su propia doctrina para fecundar una revolución fundamental. Si en Cataluña había tenido una expansión importante había sido merced a la presencia del lerrouxismo, que había provocado que los obreros, ante la demagogia lerrouxista, acabasen huyendo de la

política, pero Maurín no tenía ninguna duda de que, tarde o temprano, la clase obrera catalana acabaría constituyendo su partido de clase, y el anarquismo se habría convertido en un “ensayo” como en su día lo fue el lerrouxismo.

En el segundo, publicado a finales de año, se centraba en el socialismo, con motivo del tercer aniversario de la muerte de Pablo Iglesias. En realidad, “Pablo Iglesias i el pabloiglesisme” —el título del artículo— era una dura crítica a la personalidad política de este “pequeño cacique” que se había mantenido en un feudo completamente cerrado y a la herencia que había dejado para el socialismo en el futuro. Acusaba al socialismo de haber renunciado a la conquista de Barcelona y de Cataluña: “por razón histórica de evolución ideológica del proletariado, Barcelona, Cataluña, hubiesen sido socialistas si el Partido socialista lo quisiera, si en Iglesias encontrásemos un impulso de anhelos proletarios”, puesto que el anarquismo era un fenómeno de romanticismo social, de atraso en la formación doctrinal del proletariado y su desaparición “es obra de una difusión amplia de las ideas marxistas”. La responsabilidad seguía siendo de los socialistas, puesto que mientras el anarquismo finisecular sufría una dura represión, Pablo Iglesias y el socialismo callaban con una insultante complicidad. La actitud de los socialistas en la huelga general de 1902, en las jornadas de 1909, en los acontecimientos de 1917, contribuían a explicar las complicidades del socialismo con la Dictadura y Maurín concluía sin dudarle en que “la actitud presente del Partido socialista es la evolución lógica, natural, del pabloiglesismo” (Maurín, 1928c).

Por su parte Joan Peiró aún escribió tres artículos más en el seno de la polémica. Y en todos los casos abundaba en los argumentos ya expuestos para defender la vigencia del

anarquismo y del anarco-sindicalismo. En el primero de ellos —réplica al segundo artículo de Maurín— insistía en que si el proletariado catalán, que por sí mismo no era anarquista, se había decantado por el anarquismo era porque “se siente representado por la espiritualidad revolucionaria de los anarquistas, mucho mejor de lo que podría estarlo por la de los socialistas madrileños” y cuestionando la importancia del socialismo en Cataluña, insistía en que “anarquismo es socialismo y que los anarquistas también sabemos estudiar los fenómenos económicos y políticos” (Peiró, 1928d).

En un segundo artículo escrito desde la cárcel en septiembre, defendía el carácter político del anarquismo, criticando la simbiosis que a menudo se había establecido entre política y acción parlamentaria y no dudaba en afirmar que “en Cataluña y en España hace muchos años que estamos huérfanos de partidos de izquierda” y que si los obreros han abandonado a los partidos de izquierda es justamente a causa de la falta de hombres de izquierda “verdaderamente representativos del espíritu y de las aspiraciones civiles de la ciudadanía” (Peiró, 1928e). El tercer y último artículo de Peiró contraponía el supuesto “socialismo científico” que representaba el marxismo con el “socialismo utópico” del anarquismo para defender que tan científico podía ser el marxismo como el anarquismo, en la medida en que consideraba que el carácter científico del marxismo consistía en ser partidario del poder político del Estado y en la pretendida “acción política” que se limitaba a ser estrictamente “acción parlamentaria”. Acababa su artículo comparando a la doctrina socialista y a los marxistas con el cristianismo y la Iglesia (Peiró, 1928f).

La aportación de Andreu Nin y las secuelas del debate

En el marco de este debate, acabó interviniendo Andreu Nin, que aún residía en Moscú, con dos artículos, para intentar explicar básicamente las razones de la implantación del anarquismo en Cataluña. Para ello se centraba sobre todo en las características de la estructura social existente en Cataluña. En el primer artículo partía de la base de que, a diferencia de lo que se creía, en la economía catalana la agricultura imperaba sobre la industria. Una agricultura, por lo demás, en la que predominaba la pequeña propiedad, en la que el proletariado agrícola prácticamente no existía, mientras la industria existente se hallaba en una situación de atraso, en relación a los países industriales más importantes:

El desparpajo, la falta de concentración, el retraso técnico, el predominio de la industria ligera, principalmente textil. Fuera de Barcelona solo existen, como centros industriales relativamente importantes, Sabadell y Terrassa, las fábricas de la costa y las cuencas del Llobregat y del Ter y del Fresser. Las fábricas existentes son numerosas, pero en la inmensa mayoría de cada una de ellas solo está ocupado un número reducido de obreros. ¿Dónde están, en Cataluña, las fábricas alemanas, americanas o rusas que ocupan ocho mil, diez mil y más obreros? Añadid a esto que la técnica es generalmente atrasada, primitiva (el telar a mano se utiliza aún en centenares de fábricas), que, en las comarcas industriales, la mayor parte de los obreros y de las obreras proceden del campesinado, y os formareis una idea del carácter de nuestra industria (Nin, 1928a).

Esta situación convertía a Cataluña en un país fundamentalmente pequeño-burgués. Para Nin estaba claro que “el

catalán es individualista no porque es catalán sino porque es pequeño-burgués”. A un país eminentemente agrario —y con un enorme atraso industrial— le correspondía un movimiento anarquista que, siguiendo las pautas de lo que tradicionalmente siempre había afirmado el marxismo, era un ideal pequeño-burgués.

En el segundo artículo que escribió insistía en que las raíces del anarquismo en Cataluña había que buscarlas en la estructura económica del país y tras analizar la situación existente en distintos países como Francia, Italia, diferentes países de América latina, Rusia y los grandes países industriales, acababa planteando que “el anarquismo catalán ha sido en gran parte un castigo por los pecados oportunistas del socialismo español: la tara original del socialismo ha consistido en tener su centro en Madrid, capital burocrática, sin proletariado industrial, alejada del todo de los grandes movimientos obreros” (Nin, 1928b).

En este punto coincidía claramente con Maurín. Sin embargo, y a pesar del tono a veces agrio que había alcanzado la polémica, el debate de 1928 no empeoró para el futuro las relaciones entre Maurín y Peiró. Es cierto que al proclamarse la República en 1931 el movimiento anarquista estaba a punto de sufrir una escisión histórica que se mantuvo hasta vísperas de la guerra civil —el “trentismo”, encabezado, entre otros por Pestaña y Peiró, contra la hegemonía de la FAI—, mientras Maurín y Nin se hallaban ya situados en una posición marxista revolucionaria, claramente heterodoxa en relación al comunismo soviético. Ambas posiciones —la propia heterodoxia de Peiró en relación a la ortodoxia anarquista de la FAI— contribuyen a explicar la estrecha colaboración que se produjo cuando en diciembre de 1933 se constituyó la primera Alianza

Obrera en Cataluña. Las Alianzas Obreras, la concreción del frente único proletario que se creó para cerrar el paso al fascismo, permitió una actuación conjunta entre los marxistas españoles más conscientes y un sector significativo del anarquismo español. Es significativo que en una entrevista que llevó a cabo la periodista Irene Polo a distintos dirigentes de la Alianza Obrera catalana, entre otros a Andreu Nin, este declarase abiertamente:

Nuestra posición para el futuro es continuar la organización de la Alianza Obrera. Crear Comités Locales donde no los haya, hasta constituir la Alianza Obrera en toda España. En Madrid estamos haciendo gestiones para formarla. En Valencia ya existe. Comités Locales hay en muchas otras poblaciones... (...) El caso es unirse para conseguir un mismo fin: la dominación del fascismo a través de la conquista del Poder por la clase trabajadora. En esto estamos todos de acuerdo; incluso los sindicalistas que son ácratas (Polo, 1934).

Como es conocido, esta colaboración se intensificó en la defensa de la revolución iniciada al estallar la guerra civil. El Partido Obrero de Unificación Marxista —que se había creado en septiembre de 1935— coincidió plenamente con el anarquismo en profundizar en un proceso revolucionario que, justamente, tuvo en Cataluña su principal zona de despliegue. Son especialmente sintomáticas las palabras que de nuevo Nin pronunció en septiembre de 1936 para convencer a los anarquistas de que sus respectivos objetivos no se hallaban tan alejados. En un mitin pronunciado el 6 de septiembre en el Gran Price de Barcelona, y a fin de tranquilizar a los anarquistas en el uso de los conceptos, y evitar confusiones, Nin

afirmaba de una manera altamente didáctica que si la dictadura del proletariado “es la autoridad ejercida única y exclusivamente por la clase trabajadora, la anulación de todo derecho político y de toda libertad para los representantes de las clases enemigas. Si la dictadura del proletariado es eso, compañeros, yo os afirmo que hoy en Cataluña existe la dictadura del proletariado” (Gorkin y Nin, 1936: pp. 24-27; Nin, 2008: pp. 233-243).

Cuando Nin pronunciaba su discurso aún no se había destacado —con toda su intensidad— la política que acabó desarrollando el PCE y en Cataluña el Partit Socialista Unificat de Catalunya —que se acababa de constituir al iniciarse la guerra— con relación a la revolución y al POUM. Pocas semanas después se formaba el denominado Govern d’unitat de la Generalitat, en el que Nin, como consejero de Justicia, desarrolló una intensa política. Pero cuando en diciembre de 1936 el PSUC inició su ofensiva contra el POUM —que, en buena medida, era una ofensiva contra la revolución—, la CNT fue incapaz de salir en defensa del POUM y, en buena medida presentó el contencioso entre ambos partidos como una “riña” entre partidos marxistas.

Tuvieron que producirse acontecimientos paradigmáticos, claramente contrarrevolucionarios, durante los primeros meses de 1937 para que acabaran produciéndose las contradicciones que muy pronto enfrentaron el POUM y el anarquismo con los comunistas del PCE, y poumistas y anarquistas volvieron a compartir barricadas durante los hechos de mayo de 1937. La defensa de la revolución estaba por encima de todo. Y cuando de manera inmediata se inició la represión contra el POUM que culminó en su ilegalización, el encarcelamiento de sus dirigentes y el

asesinato de Nin y de otros muchos revolucionarios — entre ellos no pocos anarquistas—, no faltaron las denuncias y la solidaridad de muchos anarquistas. Entre otros episodios quiero recordar —ya para terminar— los artículos que escribió Joan Peiró, el primero el día 8 de julio de 1937 en el diario de Mataró *Llibertat*, con el elocuente título de “La tragèdia del POUM. El silenci seria complicitat”. El artículo —una valiente crítica contra los métodos utilizados por el estalinismo— acababa con las siguientes palabras:

La trama ya ha sido urdida, pero esto no siempre es una prueba material del hecho que uno se propone perseguir. Yo creo sinceramente que si alguna cosa queda demostrada, a raíz de la tragedia del POUM, solamente será el sadismo del partido que ha querido perseguir a los trotskistas sin otro motivo que el de serlo. Los días hablan con suficiente claridad, a mi entender, y el tiempo será el que me dé o me niegue la razón.

Por ahora, solo hay el hecho de las detenciones, y lo que es más grave, el hecho de que nadie conozca el paradero de algunos detenidos. Y esto podría ser la muerte moral de aquello otro.

En noviembre de 1938, en el marco del proceso a que acaban de ser sometidos los dirigentes del POUM Peiró escribió un nuevo artículo con el título “El misterioso proceso del POUM”, que fue censurado y no pudo publicarse en *Solidaridad Obrera*. Era, al mismo tiempo una defensa del POUM y una denuncia de los métodos utilizados por los comunistas, era una reivindicación de la verdad y de la memoria del propio Nin: “El secuestro y desaparición de Andrés Nin, no puede quedar ahí como un precedente, como un crimen abandonado a la indiferencia y a la impunidad. Todos hicimos

esfuerzos inauditos para poner punto a aquella orgía de sangre que enlodó la majestad de la República española, y no hicimos aquel esfuerzo para luego caer en la tolerancia de crímenes que superan en perversidad a los de factura asiática”[2].

Peiró, de manera indirecta, se reconciliaba a través de estos artículos con el marxismo que representaban el POUM y sus antiguos contrincantes en un debate, apasionado y apasionante, que la guerra y la revolución del 36 habían superado para situar las relaciones entre Marxismo y Anarquismo —aquí escritos ambos en mayúscula— en la nueva perspectiva de una nueva realidad marcada por un proceso claramente revolucionario.

2. Fue publicado, finalmente, en el *Boletín de Información CNT-FAI*, n.º 69, 9 de noviembre de 1938 y, más tarde, en *Documentos históricos de España*, n.º 11, mayo de 1939.

Bibliografia citada

- Aiguadé i Miró, J.** (1928) “Sobre l'article d'en Peiró”. En *L'Opinió*. 19/5/1928. Gorkin y Nin (1936) *El POUM ante la revolución española*. Barcelona: Ed. Marxista.
- Maurín, J.** (1928a) “Socialisme i anarquisme: Pablo Iglesias i Anselmo Lorenzo”. En *L'Opinió*. 14/4/1928.
- (1928b) “Socialisme i anarquisme. El proletariat català no és anarquista”. En *L'Opinió*. 7/7/1928.
- (1928c) “Pablo Iglesias i el pabloiglesisme”. En *L'Opinió*. 22/12/1928.
- Nin, A.** (1928a) “Per què el nostre moviment obrer ha estat anarquista”. En *L'Opinió*. 11/8/1928.
- (1928b) “Les arrels de l'anarquisme a Catalunya”. En *L'Opinió*. 25/8/1928.
- (2008) *La revolución española, 1930-1937*. Barcelona: El Viejo Topo. Peiró, J. (1928a) “En Maurín fent de Maurín”. En *L'Opinió*. 5/5/1928.
- (1928b) “Sobre l'article de l'Aiguadé i Miró”. En *L'Opinió*. 2/6/1928.
- (1928c) “Notes marginals”. En *L'Opinió*. 30/6/1928.
- (1928d) “Les idees i el sentit revolucionari”. En *L'Opinió*. 21/7/1928.
- (1928e) “Els partits d'esquerra i els anarquistes”. En *L'Opinió*. 15/9/1928.
- (1928f) “Socialisme científic i socialisme utòpic?”. En *L'Opinió*. 6/10/1928.
- (1937) “La tragèdia del POUM. El silenci seria complicitat”. En

Libertat. 8/7/1937.

— (1938) “El misterioso proceso del POUM”. En *Boletín de Información CNT-FAI*, n.º 69. 9/11/1938.

Polo, I. (1934) Entrevista a Andreu Nin. En *La Rambla*. 19/3/1934.
Traducido del catalán.

REFLEXIONES ALREDEDOR
DE LA HISTORIA DEL ANARQUISMO

Realizar una reflexión sobre la historia del anarquismo desde la fundación de la Internacional es igual que hacer un repaso histórico de 150 años de historia del movimiento obrero. Una cuestión muy ambiciosa para unos pocos párrafos. Sin embargo, y aunque sea de forma sintética, vamos a tratar de analizar dicha historia a través de los grandes debates que circundaron el anarquismo organizado. Imprescindible porque es parte fundamental de la historia del movimiento obrero internacional. Y viene muy rodado ya que este mismo año 2014 se cumplen 200 años del nacimiento de uno de los impulsores de aquella Internacional: Mijaíl Bakunin.

Lo primero que habría que plantear es que el anarquismo ha tenido mala suerte a la hora de ser analizado. La historiografía conservadora y liberal lo han tratado siempre con desdén, presentándolo como una ideología violenta y terrorista. Cuestión que no deja de ser evidente al ser el anarquismo una de esas “amenazas” que pudo hacer girar el curso de la historia y perder privilegios a las clases pudientes. Tampoco ha tenido mejor suerte el anarquismo cuando ha sido analizado por la

* **Julián Vadillo Muñoz** es historiador, miembro de la Cátedra Complutense de Memoria Histórica del siglo XX (UCM).

historiografía marxista. El máximo rival del marxismo en el campo obrero fue presentado en muchas ocasiones como un accidente, como una ideología divisionista o infantil. Enmarcándola en los sectores más atrasados de la sociedad, el anarquismo no podía triunfar nunca pues le faltaba el prurito del análisis del marxismo. Incluso podemos decir que el anarquismo ha tenido mala suerte cuando ha sido analizado por los propios anarquistas. En muchas ocasiones se ha presentado su historia como demasiado mítica tendiendo a desdibujar la carga pragmática que representó el anarquismo en muchos lugares.

Pero si hacemos un balance serio desde el punto de vista historiográfico de lo que ha significado el anarquismo en estos 150 años de vida, desde la fundación en 1864 de la AIT, nos daremos cuenta de que ni fue una ideología violenta (aunque utilizase la violencia según en qué circunstancia), ni fue infantil, ni divisionista, ni utópica, etcétera. Estudiando a sus pensadores, investigando sus luchas y organizaciones, nos damos cuenta de la capacidad del anarquismo, de su lectura de la sociedad que le tocó vivir y de su pragmatismo en muchos contextos de sus luchas. Lejos tiene que quedar la visión negativa del anarquismo, que en muchas ocasiones responde más a criterios de crítica puramente ideológica (puede gustar más o menos el anarquismo) que a la realidad del movimiento libertario. Aquí podríamos establecer una apreciación a tener en cuenta. Es curioso comprobar cómo si se escribe algún trabajo, por muy investigado que esté, sobre la historia del anarquismo, el historiador que lo haga va a tener la sospecha de ser llamado “historiador militante”. Sin embargo, si el trabajo de investigación ejerce una crítica sin cuartel al anarquismo (aunque aquí se puede inscribir a otras muchas ideologías del

obrerismo) el historiador será “objetivo” o “académico”. Curiosa interpretación cuando muchos de los primeros son también parte de la academia y escriben con todo criterio científico y los segundos son muchas veces reconocidos simpatizantes de ideologías o movimientos que podríamos denominar “políticamente correctos” y que sacan conclusiones acerca del anarquismo o del movimiento obrero con pobres bagajes de investigación.

Para hacer un repaso reflexivo sobre el anarquismo lo vamos a estructurar de la siguiente forma. En primer lugar, analizaremos qué significó el anarquismo en el seno de la I Internacional y las consecuencias de su ruptura. En segundo lugar, analizaremos el anarquismo en alguno de los procesos revolucionarios más importantes, como la Comuna de París de 1871 o la Revolución rusa. En tercer lugar abordaremos el anarquismo en España, país donde más y mejor desarrolló su propaganda y organizaciones. Y por último nos adentraremos en el anarquismo tras la derrota de la Guerra Civil y el final de la Segunda Guerra Mundial. Todo de forma muy sintética para ubicar este movimiento fundamental para la historia del movimiento obrero.

El anarquismo y la I Internacional

Viene siendo lugar común presentar la I Internacional como una permanente pugna entre anarquistas y marxistas, haciéndolo desde una posición laxa y excesivamente esquemática.

Sin embargo, lo primero que habría que determinar es que cuando en 1864 surgió la I Internacional en Londres (aunque el funcionamiento efectivo se comenzó a fraguar en el

Congreso de Ginebra de 1866) las secciones que componían aquella organización supranacional estaban alejadas de las tendencias que la determinarán ya en la década de 1870. Por ejemplo, en Francia las sociedades obreras adheridas a la I Internacional eran básicamente proudhonianas, sin dejar de lado las posiciones de personajes como Louis Blanc o Auguste Blanqui. En otros lugares como Italia el peso del republicanismo político era evidente (teniendo en cuenta que era una zona en proceso de unificación) al igual que en Alemania, donde personajes como Wilhem Liebknecht o Ferdinand Lassalle marcaron el ritmo. Y sobre todo en muchas zonas asentadas sobre el mundo de los oficios.

Los debates del marxismo y el bakuninismo no fueron el epicentro del debate hasta una vez represaliada la Comuna de París, aunque las diferencias entre ambos modelos de entender la organización ya se constataban en los congresos y las conferencias de la I Internacional.

Las diferencias entre ambas concepciones fueron básicamente las siguientes

- Los bakuninistas o colectivistas (como se hacían llamar en la época), concebían la organización de la AIT como una unión de secciones, dotándose estas de libertad de funcionamiento. Alejados de cualquier posición política y de partido, los colectivistas creían en la descentralización de la Internacional. El Consejo General solo debía ser una mera estructura de recepción y distribución de correspondencia entre las secciones. La finalidad de las secciones era la destrucción de todo poder político y la creación de una sociedad nueva sin Estado por medio de la libre federación de productores.
- Los marxistas o socialistas científicos consideraban que el

Consejo General debía tener capacidad e influjo sobre las secciones, centralizando parte del trabajo de las mismas. Al contrario que los bakuninistas, creían en la capacidad de creación de partidos políticos obreros que por medio de la conquista de poder pudieran desde ahí transformar la sociedad antes de pasar a la sociedad sin Estado.

Mientras que los bakuninistas tuvieron una fuerte implantación en Italia, parte de Suiza, España y parte de las secciones francesas (recogiendo toda la tradición del proudhonismo), los marxistas obtuvieron más éxito en las secciones inglesa, alemana u holandesa.

Podrían haber sido modelos de organización complementarias pero no existió voluntad para ello. El Consejo General que residía en Londres ejerció una dirección sobre la Internacional, cuestión que no agradó a las secciones más decantadas por el modelo de organización bakuninista.

El fracaso de la Comuna de París fue el canto del cisne de la propia Internacional. La Conferencia de Londres de 1871 sirvió para empezar a mostrar divisiones irreconciliables así como actas formales de acusaciones contra Bakunin. Allí Utin acusó al anarquista ruso de ejercer un poder en la sombra a través de la propia Alianza de la Democracia Socialista, organización fundada por Bakunin que al integrarse en la Internacional acabó por disolverla. En aquella conferencia pocas voces salieron en la defensa de Bakunin. André Bastelica fue una de las pocas junto a un Anselmo Lorenzo que no daba crédito a lo que oía en aquel comicio.

Las disputas entre las secciones de la Suiza romanda y la Federación de Jura, las acusaciones por distintos periódicos de ambas tendencias de intentos de control y los movimientos

de ambos grupos hicieron condenar al fracaso a la Internacional. España fue un ejemplo de cómo se dirimió esa batalla. Constituidos los núcleos de la Internacional desde finales de 1868 por las gestiones realizadas por Fanelli, la división de aquellos vino de la mano de los propios debates internacionales. Max Nettlau dice que aunque la misión de Fanelli fue fundamental, Bakunin no quedó contento con sus gestiones ya que confundió los estatutos de la Alianza con los de la Internacional. Algo que a la larga generó los conflictos. Pero igualmente los internacionales españoles entendieron la Alianza como el grupo específico cohesionado que en caso de dificultades para la propia Internacional no hiciese desaparecer por completo el movimiento obrero naciente. Unas estructuras de la Alianza en España, que a tenor de los documentos aportados por el historiador anarquista Max Nettlau, fueron del conocimiento de Bakunin cuando Lafargue comenzó a publicar artículos en el periódico *L'Egalité*.

La llegada de Paul Lafargue, una de las figuras más importantes del socialismo internacional, a España iba a generar conflictos en el seno de la propia Internacional. Cercano al grupo en torno al periódico *La Emancipación* y con el apoyo de José Mesa y Francisco Mora, se creó en Madrid la Nueva Federación Madrileña, aceptada en el seno de la Internacional por el Consejo General y condenada por el Consejo federal de la Federación Regional Española (sección de la Internacional en España) que reconocía a la Federación local de Madrid. Aunque el congreso de Zaragoza de abril de 1872 intentó una solución de consenso, esta no fue posible. Las acusaciones entre *La Emancipación* y *El Condenado* (periódico de Tomás González Morago) marcaban la línea de división que se ejemplificó en el congreso de Córdoba de diciembre de 1872 y enero de 1873

y el posterior congreso marxista de Toledo en mayo de 1873 y que mostró el fracaso de las tesis marxistas en España. De hecho la formación marxista del núcleo madrileño y otros que le siguieron era realmente escasa, como se muestra en los artículos de *La Emancipación* y nos muestra el historiador Michel Ralle.

A nivel internacional la ruptura se da en dos congresos celebrados en septiembre de 1872. Uno en La Haya, donde se produce la expulsión de Bakunin, Guillaume y Schwitzguebel, en ausencia del propio anarquista ruso. Otro, el celebrado pocos días después en Saint-Imier (Suiza) donde el movimiento de índole anarquista fundó su propia Internacional. Incluso en aquel congreso se ofreció la posibilidad, por iniciativa de Bakunin y Guillaume, de crear dos internacionales:

A) Una de síntesis, donde se unieran moderados y revolucionarios, sin tutela de ningún Consejo general.

B) Otra exclusivamente anarquista.

Propuesta que nunca se materializó. El movimiento obrero quedó dividido definitivamente. A partir de ese momento el anarquismo tuvo un camino propio, dando figuras y pensadores de primer nivel como Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Rudolf Rocker, Johann Most, etcétera, que hicieron avanzar el anarquismo y sus posiciones (mutualismo, colectivismo, comunismo libertario).

EL FEMINISMO ANARQUISTA DESDE SUS ORÍGENES INTERNACIONALISTAS A *MUJERES LIBRES*

El 28 de septiembre de 1864 se fundó en Londres la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Unos meses antes en Sheffield reventaba el muro del embalse de Dale Dyke mientras se llenaba por primera vez y en la violenta inundación murieron 244 personas. Por esas fechas Prusia avanzaba hacia su unificación a través de grandes victorias en breves guerras: en febrero se rindió Dinamarca y en octubre Austria. En Estados Unidos de América se estaba en la recta final de la Guerra Civil, que acabó al año siguiente, y el republicano Abraham Lincoln logró ser reelegido presidente. Más al sur se vivía un hecho insólito cuando el archiduque Maximiliano de Austria recibió el título de Emperador de México ofrecido por Napoleón III de Francia, un breve reinado que acabó con el fusilamiento del Emperador tres años después. También en el año fundacional de la Internacional, la Convención de Ginebra aprobó la Mejora de la Condición de los Heridos y Enfermos en Campaña defendido por el suizo Jean-Henri Dunant promotor de la Cruz Roja. El Papa Pío IX, en una línea de conservadurismo extremo, condenó en el *Syllabus Errorum* el racionalismo, el liberalismo, la democracia, el sindicalismo, el

* **Laura Vicente** es doctora en Historia por la Universidad de Zaragoza, catedrática de Historia de enseñanza secundaria y autora, entre otras obras, de *Historia del anarquismo en España*, Catarata, 2013.

escepticismo científico y otros movimientos e ideas modernizadoras.

En España, el reinado de Isabel II parecía inmune a los aires modernizadores que soplaban en los países vecinos y los sucesivos gobiernos defendían los intereses de la rica oligarquía que, a través del voto censitario y merced a una Constitución conservadora, cerraba el paso a cualquier opción política que no fuera la del Partido Moderado. Faltaban dos años para que los partidos Progresista y Demócrata firmaran el llamado *Pacto de Ostende* (agosto de 1866) al que se unió, a principios de 1868, la camaleónica Unión Liberal. Este pacto fue el origen de la Revolución “Gloriosa” que se produjo cuatro años después de la fundación de la AIT y que acabó con el reinado de Isabel II. Estos acontecimientos abrieron paso a un sistema liberal progresista, partidario de amplias libertades individuales y que legalizó el derecho de asociación, permitiendo la rápida formación del primer núcleo internacionalista en España de la mano de Giuseppe Fanelli, enviado de la AIT, que visitó España en octubre de 1868.

Fanelli, que formaba parte de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, no vino a España solo a difundir las ideas de la Internacional sino también la línea anarquista que compartía con Bakunin. En este complejo contexto, que empezó a provocar enfrentamientos en el seno de la AIT entre los seguidores de Karl Marx y los de Mijaíl Bakunin, se desarrollaron entre los anarquistas españoles dos líneas de pensamiento acerca de la naturaleza de las relaciones hombre-mujer. Una inspirada en los escritos de Pierre-Joseph Proudhon, que murió pocos meses después de la fundación de la AIT, en enero de 1865, que consideraba a las mujeres esencialmente como reproductoras que contribuían a la sociedad a través de

su papel en el hogar, siendo el trabajo fuera de este ámbito indeseable y, en todo caso, siempre secundario al del varón. La otra línea de pensamiento se inspiraba en los escritos de Mijaíl Bakunin y las consideraba en un plano de igualdad con el hombre. Esta segunda opción fue la elección mayoritaria en el movimiento anarquista español.

Bakunin, partiendo de la relevancia que daba a la libertad, tanto en el orden social como personal, concluía que el ser humano tenía que actuar según los dictados de la propia voluntad, asentando la soberanía individual y, por tanto, el poder que cada persona debía preservar sobre su presente y su destino. El ser humano nunca era un medio, sino un fin en sí mismo, que tenía el derecho inalienable de buscar la verdad a través de la libertad. Para poder consolidar la libertad individual era necesaria la muerte de lo absoluto, de cualquier principio trascendente superior. Era imposible dejar fuera de esa soberanía individual a las mujeres, y Bakunin no lo hizo, apostando desde muy pronto por una posición emancipadora y desarrollando un pensamiento crítico con el matrimonio monógamo y la familia burguesa.

En la carta que escribió a su hermano Pablo (Bakunin, 1845) tejió sus principales ideas respecto a cómo concebía el papel de la mujer y el amor de pareja que, poco tiempo después, amplió, también con brevedad, en el texto *La mujer, el matrimonio y la familia* (Bakunin). En estos textos hizo una defensa apasionada del amor activo para el que era necesario que la pareja fuera libre y con sentimiento de su propia dignidad, instinto de rebeldía e independencia. La igualdad requería la abolición de la legislación que, en toda la Europa decimonónica, consideraba a la mujer un ser inferior y dependiente. Este cuestionamiento de las leyes familiares y matrimoniales

conducía a Bakunin a una clara defensa de las uniones libres basadas en el amor.

Ideas que tuvieron gran influencia sobre las primeras mujeres que en España, desde las propuestas bakuninistas, empezaron a reclamar la emancipación femenina. Guillermina Rojas y Orgis, maestra gaditana, clamó, en una fecha tan temprana como 1871, contra la familia en un mitin de la Federación Madrileña de la AIT. La intervención de Rojas fue considerada escandalosa por la prensa que, según palabras de Anselmo Lorenzo, arremetió especialmente contra ella por tomar la palabra en público, algo fuera de lugar para una mujer, y censurar (Lorenzo, 1974, p. 185) “(...) la propiedad individual por injusta; la idea de patria, por antihumanitaria, y la actual constitución de la familia, por deficiente respecto de la mujer, afirmando que no es concebible racionalmente la unión del hombre y la mujer más que por el amor, y por tanto se declaró opuesta al matrimonio”.

La defensa de la emancipación, la libertad y la igualdad de los sexos, el amor libre y el fin de una legislación discriminatoria, constituyeron la base de una genealogía femenina que va, desde la mencionada Guillermina Rojas, a las internacionalistas Manuela Díaz y Vicenta Durán, las librepensadoras Amalia Carvia y Belén Sárraga, las auténticas creadoras del feminismo anarquista, Teresa Claramunt y Teresa Mañé, y alcanza a la generación que en los años treinta, hizo posible Mujeres Libres: Mercedes Comaposada, Soledad Estorach, Lola Iturbe, Amparo Poch y Lucía Sánchez Saornil entre otras muchas.

Estas ideas de Bakunin estuvieron muy presentes entre los internacionalistas españoles de primera hora como Anselmo Lorenzo y marcaron la línea de pensamiento mayoritaria en el anarquismo español. La Federación Regional Española (FRE)

asumió la crítica bakuninista a la familia burguesa y a la inferioridad y dependencia legal de la mujer. Tras el debate que se produjo en las Cortes sobre la I Internacional que acabó con su ilegalización, el Consejo Federal de la Región Española emitió dos comunicados, en octubre de 1871 y en enero de 1872, que entre otros muchos aspectos defendían el amor como base de la familia, no el interés, y se cuestionaba la desigualdad por razón de sexo en la educación defendiendo la “enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos” (Lorenzo, 1974, pp. 190 y 193). La nueva familia tenía que apoyarse en la igualdad de ambos miembros de la pareja y en la libertad; de esta forma se podía lograr el libre acuerdo entre hombre y mujer basado en el amor.

La presencia de mujeres en la Internacional nunca fue numerosa pero sabemos que, desde el primer Congreso celebrado en Barcelona (1870), hubo un pequeño núcleo de obreras interesadas, destacando el protagonismo de Guillermina Rojas que debió ser la impulsora de iniciativas que fructificaron en el Congreso de Zaragoza (1872) al aprobarse un dictamen titulado “De la mujer” (Lorenzo, 1974, p. 423) [1], que tomaba como fundamento la libertad de la persona para oponerse con claridad a recluir a la mujer en el hogar y a su dedicación exclusiva a las faenas domésticas y el cuidado de la familia. El trabajo asalariado era “poner a la mujer en condiciones de libertad” para evitar la dependencia respecto al hombre: “La mujer es un ser libre e inteligente, y, como tal, responsable de sus actos, lo mismo que el hombre (...) lo necesario es ponerla en condiciones de libertad para que se desenvuelva según sus

1 La reseña de este Congreso fue publicada en *La Revista Social* y este apartado de los derechos de la mujer aparece mencionado en *El proletariado militante*.

facultades”.

Los acuerdos del Congreso fueron claros al respecto señalando que la clave de la emancipación estaba en transformar “la propiedad individual en colectiva, y se verá cómo cambia todo por completo”, incluida la familia. Los objetivos del internacionalismo quedaron claros: integrar a la mujer en el movimiento obrero para contribuir a la obra común, la emancipación del proletariado, no eran necesarias las organizaciones femeninas específicas.

Fueron Claramunt y Mañé, las “dos Teresas”, quienes impulsaron el feminismo en los medios anarquistas como resultado de la confluencia de diversas influencias que procedían de la tradición del obrerismo francés de las utópicas y visionarias (Nash, 2004, p. 85) [2] vinculadas al saintsimonismo y al fourerismo, del propio internacionalismo bakuninista, del movimiento librepensador y del neomalthusianismo [3]. Claramunt conjugó sin reparos los feminismos librepensador y obrerista, el primero interclasista, con predominio de la clase media, y organizaciones específicamente femeninas que centraban sus reclamaciones en el acceso a la educación y al trabajo. El feminismo obrerista, de clase, con organizaciones basadas en la sociedad obrera, era partidario de unir emancipación femenina y de clase. Su definición anarquista no era

2 Denominación de Nash, M. Estas mujeres buscaban proyectos alternativos de vida que cuestionaban las restricciones sociales impuestas sobre las mujeres. Combinaron la argumentación de la igualdad de los sexos con el reconocimiento de la diferencia femenina y la aportación específica de las mujeres como madres en su discurso y práctica feminista.

3 Para el tema del neomalthusianismo se puede consultar: Diez, 2007 y Masjuan, 2009.

exhaustiva pero fundamentaba su idiosincrasia. Ambos feminismos compartían espacios de sociabilidad en los círculos librepensadores formados por republicanos, espiritistas, masones y anarquistas.

Teresa Claramunt se integró en la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) en Sabadell y, tras una larga huelga textil, encabezó la iniciativa para crear la Sección Varia de Trabajadoras Anarco-Colectivistas de Sabadell (octubre 1884-julio 1885). Esta iniciativa, que se dirigía a las asalariadas, era, en sí misma, insólita e inhabitual dentro del movimiento obrero. La Sección Varia se constituyó como asociación en defensa de las obreras [4] con el objetivo de lograr la emancipación de los dos sexos, ya que la lucha era común, aunque planteaban la necesidad de remarcar la lucha contra la explotación femenina [5]. A la identidad de clase, punto central de los postulados sindicales, se superponía de manera inédita la identidad de sexo.

La Sección Varia fue para Claramunt la llegada al activismo en favor de la emancipación de la mujer, que se puede rastrear a través de múltiples artículos en la prensa [6], y de su folleto *La mujer. Consideraciones Generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, editado en 1905. Su opción de vehicular la lucha para la emancipación a través de organismos

-
4. El grupo, que debía rondar la veintena, escribió un escrito de protesta en *Los Desheredados*, 179, 11/1885. En él destacan, además de la propia Teresa Claramunt, Federación López Montenegro, Gertrudis Fau de Fau y Asunción Ballvé. En Vicente, 2006, Madrid, p. 84.
 5. La información sobre la constitución de la Sección Varia apareció en *Los Desheredados*, 127, 1/11/1884.
 6. En Vicente, 2005, se reproducen diversos artículos y escritos que Teresa Claramunt escribió, entre 1887 y 1913, sobre la mujer.

específicamente femeninos, ya fueran anarquistas o librepensadores [7], fue muy clara desde el inicio de su activismo.

Aunque las “dos Teresas” no se definieron como feministas, conocían este movimiento y cuestionaban el feminismo sufragista existente por considerarlo un movimiento burgués y por la defensa que hacía de la vía electoral, no porque aceptaran ninguna limitación del sexo femenino. Igual que el resto del feminismo español del XIX, defendían un feminismo social que se basaba en la diferencia de género y en la proyección del rol social de esposa y madre hacia la esfera pública. Este planteamiento aceptaba distinciones entre los sexos, tanto biológicas como culturales, y de esta concepción se derivaba una naturaleza femenina diferente a la masculina que justificaba la división sexual del trabajo y unas funciones propias dentro de la familia y la sociedad. Era feminista porque reclamaba los derechos de las mujeres como tales, definidas por su capacidad para engendrar y criar a los hijos/as. Insistía en la distinta cualidad, en virtud de esas funciones, de la contribución de las mujeres a la sociedad y por consiguiente reclamaba los derechos que le confería dicha aportación.

Por vías diferentes las dos constataron que la mujer estaba en una situación de inferioridad y que la responsabilidad de esta inferioridad era de los hombres. Admitían la existencia de un

7 Teresa Claramunt participó en asociaciones obreras de oficio femeninas en la línea del internacionalismo revolucionario como la mencionada Sección Varia de Sabadell (1884) y, posteriormente, la Agrupación de Trabajadoras de Barcelona (1891) y el Sindicato de Mujeres del Arte Fabril (1901). Participó también en asociaciones de mujeres de condición social diversa y librepensadoras: la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona (1889) y la Asociación Librepensadora de Mujeres (1896).

sistema patriarcal cuando afirmaban que sobre el principio de desigualdad de los sexos se había constituido la sociedad y había generado los antagonismos de sexo que habían envenenado el espíritu de los hombres, haciéndoles despóticos y tiranos con sus semejantes.

El movimiento obrero y el movimiento librepensador condicionaron la experiencia femenina y sus contestaciones colectivas. En este sentido los asuntos centrales debatidos respecto a la mujer en los medios anarquistas fueron tres y en ellos se centraron los escritos de las “dos Teresas”: educación, trabajo y relación de los sexos en el ámbito doméstico.

Claramunt, Mañé y el pequeño núcleo femenino que se articulaba a su alrededor exigían trabajo y educación para recuperar la independencia del varón y, con ello, su dignidad y libertad. Fueron tan lejos como para darse cuenta que la discriminación no era solo legal y que estaba anclada en el ámbito doméstico, en las relaciones con la pareja y en el trato que recibían. No sorprende el énfasis de Claramunt para poner en marcha una auténtica “revolución doméstica” [8].

Ella, a diferencia de Mañé, fue partidaria de constituir organizaciones autónomas de mujeres para conservar el protagonismo total de su emancipación. Mañé, y después su hija Federica Montseny, confiaron en los organismos mixtos y en la labor concienciadora del publicismo y por ese motivo rechazaron la constitución de Mujeres Libres.

Las integrantes de *Mujeres Libres* pertenecen a una

8. Esta afirmación la hizo en un mitin en Zaragoza en solidaridad con una huelga, en el que habló de poner en marcha una “revolución de las costumbres, empezando por nuestros hogares”. La información sobre este mitin apareció en *El Heraldo de Aragón*, 31/10/1910.

generación posterior a la de las “dos Teresas” pero las conocían, bien porque habían asistido a las tertulias que se organizaban en casa de la hermana de Claramunt, donde esta vivió hasta su muerte en 1931, bien porque las conocían por su activismo y sus escritos. Muchas otras, además de las “dos Teresas”, constituyeron un eslabón entre estas dos generaciones.

Mujeres Libres no fue un organismo sindical, su base organizativa eran las Agrupaciones fundamentadas en las preferencias, gustos e “inclinaciones de pensamientos” (Nash, 1975, p. 77) de sus componentes. Era una organización autónoma de mujeres que luchaban por su emancipación con conciencia de clase y con una definición anarquista explícita.

Los primeros pasos para la formación de esta organización se dieron en ciudades industriales de Cataluña antes de acabar la Dictadura de Primo de Rivera por parte de aquellas que pretendían formarse para poder intervenir con mayor seguridad en las discusiones de los sindicatos de CNT a los que estaban afiliadas. Partiendo de estas inquietudes, en 1934 se creó en Barcelona el Grupo Cultural Femenino, con Soledad Estorach, Lola Iturbe, Pepita Carpena y Concha Liaño, entre otras, que procedían de la CNT y cuyo objetivo era fomentar la solidaridad entre ellas, adoptando un papel más activo en los sindicatos y el Movimiento Libertario. Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada emprendieron una tarea similar, pero no idéntica, ya que tenían objetivos más centrados en la formación y disfrute de la cultura que en la actividad sindical y así nace *Mujeres Libres* en Madrid.

No fue hasta principios de 1936 cuando cada grupo supo de la existencia del otro y con la alegría compartida del encuentro empezaron a reunirse conjuntamente, adoptando el

grupo catalán el nombre de Agrupación Mujeres Libres. Enseguida se planteó la posibilidad de fundar una revista del mismo nombre y Lucía Sánchez, Mercedes Comaposada y Amparo Poch Gascón serán las grandes animadoras de la idea. El primer número de *Mujeres Libres* fue publicado el 20 de mayo de 1936 y el objetivo de la revista era “despertar la conciencia femenina hacia las ideas libertarias” [9].

Respecto a las ideas, *Mujeres Libres* estaba ligada al resto del Movimiento Libertario, aceptaba el sindicalismo revolucionario y las ideas anarquistas, mientras el librepensamiento había perdido importancia desde la segunda década del siglo XIX. Las ideas feministas enlazaban también con las pautas marcadas por las pioneras: rechazaron considerarse feministas al igual que las “dos Teresas”, manteniéndose dentro del feminismo social iniciado por estas. La dependencia económica respecto a los hombres y las carencias educativas eran señaladas como las causas de la infravaloración de las mujeres y su falta de autoestima; de ahí que el acceso al trabajo (manual o intelectual) y la educación para capacitar a las mujeres continuaran siendo elementos claves para *Mujeres Libres*. Por último, insistieron mucho en la necesidad de que la igualdad entre hombres y mujeres se diera en el ámbito de las relaciones personales e íntimas.

Durante la Guerra Civil, llegaron a promover una fórmula de doble lucha: una lucha antifascista, revolucionaria y anarquista, y una paralela lucha de emancipación femenina. Esta

9 Las editoras de *Mujeres Libres* escribieron una carta a Emma Goldman el 17 de abril de 1936 donde le explicaban estos objetivos y Goldman dio un apoyo explícito a Mujeres Libres (Ackelsberg, 1999, pp. 71, 230-231).

propuesta de autonomía dentro del Movimiento Libertario no fue bien recibida y las relaciones con la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias se desarrollaron en un ambiente de considerable tensión. *Mujeres Libres* intentó, con dificultades derivadas de la mencionada tensión, que los organismos libertarios percibieran la necesidad de integrar a la mujer en todos los aspectos de la vida política y económica.

La defensa de su autonomía organizativa dentro del movimiento anarquista, al no acatar las directrices de supeditación de la causa femenina al programa revolucionario de transformación anarquista, les permitió definir sus propios objetivos en los programas de organización y capacitación, concentrándose en ellos a pesar de las exigencias de la situación bélica. No quiere decir que las realidades de la guerra no afectasen a su programa, pero la autonomía les protegió del control que las organizaciones del Movimiento Libertario intentaron imponer. *Mujeres Libres* pagó un alto precio por su autonomía, nunca tuvo los fondos o el apoyo organizativo que sus líderes habían deseado. Les fue negado el acceso a las discusiones y a los debates sobre tácticas políticas en curso, limitación que intentó superar solicitando la incorporación autónoma al movimiento en octubre de 1938; pero el Movimiento Libertario negó dicha incorporación y no llegó a incorporar plenamente a las mujeres ni los temas de su interés en sus programas.

Bibliografía citada

- Ackelsberg, M.** (1999) *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona: Virus.
- Bakunin, M.** (1845) *Carta a Pablo París*. Disponible en: <http://www.taringa.net/posts/info/2051886/Carta-a-Pablo-Bakunin.html>
- Bakunin, M.** *La mujer, el matrimonio y la familia*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/bakunin/derechosmujer.htm>
- Diez, X.** (2007) *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*. Barcelona: Virus.
- Lorenzo, A.** (1974) *El proletariado militante (Memorias de un internacional)*. Madrid: ZERO-ZYX.
- Masjuan, E.** (2009) *Un héroe trágico del anarquismo español. Mateo Morral, 1879-1906*. Barcelona: Icaria.
- Nash, M.** (1975) *Mujeres Libres: España 1936-1939*. Barcelona: Tusquets.
- Nash, M.** (2004) *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza.
- Vicente, L.** (2005) “Teresa Claramunt. Des de l’altre banda de la “Perfecta casada”. La dona sotmesa al *tirano de blusa y alpargata*. Revista *Cercles*, Universitat de Barcelona, 8/01/2005, pp. 231-256,
- (2006) *Teresa Claramunt. Pionera del feminismo obrerista anarquista*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo.
- (2014) “Mijaíl Bakunin (1914-1876). Mujer, Libertad y Amor”. *Diagonal*, n.º 223, 22/05/2014-04/06/2014.

MARXISMO + ANARQUISMO = SURREALISMO

Excusas, de entrada, por la ecuación del titular que por su esquematismo podría inducir a toda clase de malentendidos. Pero qué duda cabe que tal ecuación, lejos de su aparente reduccionismo, anhela comprender el complejo estado de la cuestión del ismo artístico y literario —sobre todo literario, pues como tal nació— más diáfananamente revolucionario, en el amplio sentido del término.

Con el poeta francés André Breton como principal impulsor pero también guardián de la pureza del movimiento, el surrealismo llegó para sistematizar la rebeldía de Dadá y otorgarle un contenido científico, filosófico y político. Su rebelión se resume en la fórmula “transformar el mundo” (sic Marx) y “cambiar la vida” (sic Rimbaud).

Es, ya, el artista mirando no solo hacia sus entrañas sino hacia afuera también, al mundo exterior, eso que reconocemos habitualmente como realidad.

Admitiendo como propio el universo de los sueños, del inconsciente, reconociendo el arte de los locos, el

* **Ángel García Pintado** es escritor y periodista. Autor del ensayo *El cadáver del padre. Artes de vanguardia y revolución*, Los libros de la frontera, Barcelona, 2011.

humorismo, el absurdo o *non sense* como ácido nucleico de la creación, la legitimación de lo irracional instituido como la nueva razón, la insumisión en su dimensión más generosa...

Que este compromiso sumerja al creador en una revolución total y, por supuesto, permanente, exige una entrega incondicional de ese creador; de ahí que el movimiento surrealista conociera momentos de unidad y desunión, de defecciones, desengaños, deslealtades, expulsiones... y que en todo ello Breton ejerciera como fiscal y aduanero de esencias y que, por causa de su excesivo celo, no siempre fuese bien comprendido.

El aduanero

Su autoridad sobre el movimiento fundado por él y otros le viene dada no solo por su personalidad analítico-crítica, además por su talento poético y narrativo incuestionable, por sus conocimientos culturales donde solo el género musical parece que se le resistió. La filosofía, los fines y la naturaleza del movimiento surrealista fueron definiéndose en sus manifiestos. En el primero de ellos el término y concepto *surrealismo* se configura como “sustantivo, masculino. Automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento... Un dictado del pensamiento sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación

estética o moral” (Breton, 1969, pp. 44-45).

Este último postulado se fue decantando con los años hasta imponerse una estricta moral social y de los comportamientos individuales en el seno del movimiento, con una “preocupación” estética prevalente. En definitiva: una exigencia. Se desenmascara a los “falsos” surrealistas, a los oportunistas, a los que pretenden mercader con la *marca...* (verbigracia Salvador Dalí, en quien Breton tenía puestas todas sus esperanzas como inventor de una pintura propia que caracterizase al movimiento, pero que devino en “Avida Dollars”, juego de letras bretoniano para designar la codicia en la que se abismó el ángel caído de Cadaqués).

Era estrictamente necesario definir la nueva belleza. El concepto se lo proporciona el admirado y prematuramente desaparecido Lautréamont con sus *Cantos de Maldoror*, por su frase: “bello como el fortuito encuentro de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección” [1].

Había que negar una tradición caduca, polvorienta y esclerótica, y reconocer y entronizar otra (“Swift es surrealista en la maldad. Sade es surrealista en el sadismo. Baudelaire es surrealista en la moral. Hugo es surrealista cuando no es tonto...”) (Breton, 1969, pp. 45 y ss). Todos los “malditos” y algunos más (o algunos menos), metidos

1 El Conde Lautréamont, cuyo verdadero nombre es Isidoro Ducasse, nació en Montevideo, en 1846. Su obra más relevante, *Los Cantos de Maldoror*, la publicó con solo 22 años. Murió en París a los 24 años.

de cabeza en el *índice* de la condenación cristiana o del inmutable canon académico, fueron rescatados de las llamas del Averno; con todas aquellas obras calificadas por ellos de *anunciadoras*, preclaras anticipadoras del tiempo surrealista.

Tan solo por esta operación-limpieza, tan solo por esta operación-rescate, la existencia del surrealismo hubiera quedado justificada históricamente. Pero su inquietud iba más allá...

La influencia de Hegel, el encantamiento por su método dialéctico, que legitimaba las aspiraciones del grupo hacia el movimiento continuo y su insobornable creencia en la literatura y el arte como organismos vivos en progresión, se decantan pronto por la revolucionaria aplicación que de esa dialéctica habían hecho Marx y Engels. Y llegan así a reconocer su identificación con el materialismo histórico, al menos “en cuanto a la tendencia que nace del ‘colosal abortamiento’ del sistema hegeliano” (Ibid, p. 182).

Entonces, toda la ambición del surrealismo estriba en “proporcionar al método dialéctico posibilidades de aplicación que en modo alguno se dan en el campo de lo consciente más inmediato”(Ibid, p. 182). Se critica a “ciertos revolucionarios de limitados horizontes”, se afirma que antes del surrealismo nada se hizo con carácter sistemático y se agrega: “tal como nos ha sido dado, el método dialéctico, en su forma hegeliana, también para nosotros resulta inaplicable” (Ibid, p. 183).

Bichos raros

Tras reafirmar su adhesión al principio del materialismo histórico lamentan que el “comunismo” oficial les trate como “bichos raros destinados a cumplir en sus filas la función de badulaques y provocadores” (Ibid, p. 184).

En lo que a Breton personalmente concierne, él cuenta que hacía dos años, quiso “cruzar libre y anónimamente el umbral de la sede del Partido Comunista Francés, en la que tantos individuos poco recomendables, policías y demás parecen tener permiso para moverse como Pedro por su casa” (Ibid., p.185). Pero nos revela que en el curso de tres entrevistas que duraron varias horas se vio obligado a defender el surrealismo de la “pueril acusación de ser esencialmente un movimiento político de orientación claramente anticomunista y contrarrevolucionaria”. Por aquel entonces —consigna Breton— un dirigente del PCF “vociferaba, refiriéndose a un miembro del grupo: ‘Si es marxista, no tiene ninguna necesidad de ser surrealista’” (Ibid., p. 185) [2].

Se pregunta el poeta “¿Cómo no inquietarse ante el nivel ideológico de un partido que había nacido tan bien armado de dos de las más sólidas mentes del siglo XIX?”. Y ya dentro de esta peripecia, se le pide que presente a la “célula del gas” un informe sobre la situación dominante

2 Breton se refería a un dirigente del PCF llamado Michel Marty.

en Italia, especificándole que únicamente podía basarse en realidades estadísticas (producción de acero, etcétera...) y que debía “evitar ante todo las cuestiones ideológicas”. Remata su testimonio Bretón con un: “No pude hacerlo” (Ibid., p. 185).

Corría 1926. Hacía dos años que Lenin había muerto; Trotsky ya había sido expulsado del Politburó. Breton ha de comparecer ante varias comisiones de control para su ingreso en el PCF, donde se le pide en tono insultante cuentas de por qué había publicado en su revista reproducciones de Picasso o de Masson (Breton, 1977, p. 150)[3].

Estas anécdotas son significativas y desde la distancia temporal revelan como nada el concepto que se tenía de una intelectualidad de vanguardia en el seno del partido hegemónico que debía y decía representar a la clase oprimida. No era suficiente con que el “indeseable” aspirante manifestara su adhesión a esa “masa” formada por aquellos que harán la revolución social, ni que estuviera dispuesto a dejar colgado del perchero de entrada su egoísmo de creador.

Las misiones que le encomendaron —además de la ya

3 La anécdota es revelada por Breton en el discurso que pronuncia en el mitin Aniversario de la Revolución de Octubre, organizado por el Partido Obrero Internacionalista en París, el 11 de noviembre de 1938, con el título “Visita a Leon Trotsky”.

mencionada, pegar carteles y otras— parecían como destinadas a probar la capacidad de resistencia de un sujeto que tenía la desfachatez de interpretar el marxismo libérrimamente “a su manera”; y, por añadidura, emanan cierto tufo de acción punitiva.

Significativas también por cuanto expresan la ineficacia de unas misiones erradas, impotentes para el logro más idóneo, el aprovechamiento más eficiente y adecuado de los talentos de cada cual.

Toda licencia para el arte

El grupo, que plasmó sus ideas y talentos literarios y artísticos en sus órganos de expresión (*Littérature*, o los titulados sin mayor ambigüedad *La révolution Surréaliste* y *Le Surréalisme au service de la Révolution*), era obvio que no estaba dispuesto a someterse a una escolástica marxista de tan angosta interpretación. Las disensiones y rupturas dentro del grupo proliferaron. Unos tomaron el portante, otros fueron defenestrados: por tener una vena mística; o por obedecer a los dictados estéticos e ideológicos emanados de un Kremlin ya estalinista; o por fatiga, individualismo, mercantilismo...

Breton mostró en estas crisis grupales, una vez más, su intransigencia, un autoritarismo excesivo para algunos, pero también su rigor, su integridad, tan característicos de su personalidad. Lo evidente, lo innegable, es que tomó el sendero menos fácil, el más minado de bombas,

desenmascarando —mientras otros, la mayoría, se colocaban en posición egipcia mirando a otro lado— la criminal farsa de los Procesos de Moscú (“Stalin es el gran negador y el principal enemigo de la revolución proletaria. Debemos combatirlo con todas nuestras fuerzas, debemos ver en él al principal falsario de hoy —no solo se dedica a falsificar la significación de los hombres, sino a falsear la historia— y como el más inexcusable de los asesinos”. Septiembre de 1936). (Breton, 1977, p. 128) [4].

Y renueva su admiración por Trotsky, impulsor de la revolución de 1905, cabeza decisiva en el asalto al Palacio de Invierno (1917), el organizador del Ejército Rojo, triunfante de la “guerra civil”, mente privilegiada como crítico literario, como teórico, como estratega... y el sucesor natural de su no menos admirado Lenin.

Cuando Breton lee el *Lenin* de Trotsky nada más aparecer el libro en 1925, le dedica un artículo en el que describe el comunismo como “el más maravilloso agente de sustitución de un mundo por otro que ha habido” [5]. Y en su censurado discurso del Congreso del Escritores por la Libertad de la Cultura, de 1935, donde se consumará su ruptura definitiva con el comunismo *oficial*, reafirma con rotundidad: “Nada podrá obligarnos a renegar de los

4. Declaración leída en el mitin “La verdad sobre el proceso de Moscú”.

5. Citado por Margueritte Bonnet en la Introducción a *André Breton. Antología* que hizo para Siglo XXI. p.XX.

nombres de Marx y de Lenin” (Breton, 1969, p. 269).

La estancia de Breton en Coyoacán (1938), en la Casa Azul de la pareja Frida Kahlo-Diego Rivera, no hace sino acrecentar esa admiración por el líder trasterrado. En aquellas jornadas germina el manifiesto *Por un Arte Revolucionario Independiente* —“la revolución comunista no tiene temor del arte”— para clarificar la confusa situación creada por el decreto Zdanov que establecía el servil “realismo socialista”; y es durante la génesis de este manifiesto cuando el vate surrealista quiere introducir la frase: “Toda licencia en arte, salvo contra la revolución proletaria”. Trotsky dio un respingo y les puso en guardia (a Breton, a Rivera) contra los abusos a que podría prestarse la segunda parte de esa frase; y la tachó sin vacilar (Breton, 1976, pp. 41-47).

Así pues, un aliento libertario preside todo el manifiesto —que concluye sentenciando “la independencia del arte para la revolución; la revolución para la liberación definitiva del arte”—, que iba a servir de base a la creación de una Federación Internacional del Arte Revolucionario Independiente (FIARI), un proyecto que el estallido de la Segunda Guerra Mundial frustró [6].

-
6. “Al defender la libertad de creación, no entendemos en modo alguno justificar el indiferentismo político...”; o: “Toda creación libre es declarada fascista por los stalinistas” (dice, entre otras cosas, dicho manifiesto, que fue firmado por Breton y Rivera, ya que “razones tácticas” aconsejaron que no lo firmase también Trotsky, si

La insurgencia dadá

Cuando Dadá irrumpe como un caballo en la cacharrería de Europa, mediada ya la Primera Guerra Mundial, en el Cabaret Voltaire de Zurich, lo hace para negar no sólo a la academia y los sagrados valores de la burguesía, también a los ismos artístico-literarios más madrugadores del siglo XX que le precedieron. El poeta rumano Tristan Tzara, la cabeza más visible de Dadá, escribe: “Estamos hartos de las academias cubistas y futuristas, laboratorios de ideas formales”. Para Tzara una obra de arte jamás es bella por decreto, objetivamente para todos. Dadá es Libertad sin condiciones... “Dadá, dadá, dadá, aullido de los dolores crispados, entrelazamiento de los contrarios y de todas las contradicciones, de los grotescos, de las inconsecuencias: la vida” (final del Manifiesto dadaísta de 1918) (Tzara, 1918, pp. 117-131). En definitiva Dadá llega al mundo del arte y la política como una enmienda a la totalidad.

Por su parte, los dadaístas alemanes parecen ir más allá. Y para que su compromiso no pueda ser interpretado como mera pataleta estética *exigen* en su Manifiesto de 1918 “la unión revolucionaria internacional de todos los creadores e intelectuales del mundo entero teniendo como base el comunismo radical” (VV AA, 1920, pags. 36-41).

Se prodigan en las calles y en otros espacios públicos de

bien fueron éste y Breton sus redactores de hecho).

París con sus exposiciones, con sus actos descarados e ingeniosos de provocación que encandilan al joven Breton, quien expresará que el cubismo había sido una escuela de pintura, el futurismo un movimiento político... pero que DADA era un estado de ánimo, y que oponerlos entre sí revela ignorancia o mala fe. Entre dadá y surrealismo se da el efecto físico de los vasos comunicantes. Pronto, la rebeldía líquida dadaísta se comunica con la otra rebeldía líquida recién surgida en París. Y Tzara, Arp, Ernst, Schwitters, Ray, Picabia o Duchamp se funden con los Eluard, Aragon, Desnos, Peret, Vitrac, Crevel, Artaud, Buñuel, Dalí, Miró... y compañía.

Y de estos nombres, quizá ninguno como el francés Benjamin Péret simbolice mejor esa simbiosis entre marxismo y anarquismo. El autor de *Mueran los cabrones y los campos del honor* (Péret, 1976) fue el compañero militante inseparable del grupo surrealista hasta el final. Su vida y su obra son un paradigma de coherencia casi irreplicable. Poesía, humorismo y rebeldía se mezclan en su intensa y prolífica obra de manera espontánea, algo que Breton valora de modo especial. Llega a Barcelona en los albores de la guerra civil y se presenta en los locales del POUM para inscribirse, por creer, dice, que era el partido que representaba más fielmente el sentir de la masa revolucionaria española. “Vengo a luchar como un combatiente más entre vosotros” (*La Batalla*, 1936), y es enviado al frente de Aragón (1937) con el batallón Nestor Majno de la División Durruti.

La tentación autoritaria de Breton choca y se comple-

menta con el no-autoritarismo dadaísta, de signo más libertario si se quiere. Enfrentamientos, malentendidos, reconciliaciones, odios y amores locos... se suceden. Ambos ismos se enriquecen. De las reyertas entre ellos salen fortalecidos o fatalmente enflaquecidos. Pero el paisaje visto a distancia con perspectiva histórica no puede ser más fecundo. Los que pensaron que el surrealismo moriría con sus obras se equivocaron. La insurrección de Mayo del 68 en París tuvo siempre presente en sus pintadas a los surrealistas y a los dadás. El legado de estos se reconoce en los happenings de los años 60/70, en las instalaciones artísticas de finales del XX y principios del XXI, con un *padre* fundador: Marcel Duchamp, y sus *ready made* (el objeto cotidiano erigido en obra de arte) con otros inventos y mixtificaciones del genial bromista que confesaba trabajar tan solo un cuarto de hora al día y fue leal al vanguardismo hasta la muerte.

El surrealismo deja abierta una puerta grande que da al mar. Su influencia en muchos órdenes de la vida y de la creación contemporánea ha sido inmensa, más de lo que algunos desearían. Y ello pese a que la palabra *surrealista* se emplee hoy en el lenguaje cotidiano de manera tan ligera, ignorante, torticera, malévola o ingenua.

Las pintadas del 68

Manojo de graffitis reunidos al azar, que podían leerse como versos o consignas del ingenio y la libertad en los muros de París en el Mayo del 68, cuando bajo los

adoquines se encontraba la playa. La inspiración y el homenaje a dadá y el surrealismo están patentes.

SED REALISTAS, EXIGID LO IMPOSIBLE

TENDREMOS UN BUEN MAESTRO CUANDO CADA CUAL SEA SU PROPIO MAESTRO

PROHIBIDO PROHIBIR

ABRAMOS LAS PUERTAS DE LOS ASILOS DE LAS CÁRCELES Y DE OTRAS FACULTADES

LA SELVA PRECEDE AL HOMBRE, EL DESIERTO LO SUCEDE

AMAOS LOS UNOS SOBRE LOS OTROS

DESABOTONA TU CEREBRO TAN A MENUDO COMO TU BRAGUETA

EL ESTADO ES CADA UNO DE NOSOTROS

SI QUIERES SER FELIZ AHORCA A TU CASERO

UN SOLO FIN DE SEMANA NO REVOLUCIONARIO ES INFINITAMENTE MÁS SANGRIENTO QUE UN MES DE REVOLUCIÓN PERMANENTE

LA ECONOMÍA ESTA HERIDA. QUE REVIENTE

LA IMAGINACIÓN AL PODER

LA VIDA ES UN ANTÍLOPE MALVA EN UN CAMPO DE ATUNES.
(Tzara)

(VV AA, 1970)

Bibliografía citada

Breton, A. (1969) *Manifiestos del Surrealismo*. Madrid: Ed. Guadarrama.

- (1976) "Por un Arte Revolucionario Independiente". En *André Breton. La llave de los campos*. Madrid: Ed. Ayuso-Hiperion. Madrid.

- (1977) *Antología (1913-1966)*. México: Siglo XXI.

Conde Lautréamont (1970) *Los Cantos de Maldoror*. Barcelona: Barral Editores. La Batalla (1936) "Vengo a luchar como un combatiente más entre vosotros".

Péret, B. (1976) *Mueran los cabrones y los campos del honor*. Traducida al español por Rodolfo Hinojosa. Barcelona: Tusquets Editor.

Tzara, T. (1918). "Dada-Manifiestos", en Huelsenbeck. R. (de.) *Dada-Almanach*, pp. 117-131. Berlín. En castellano: *Escritos de Arte de Vanguardia 1900/1945*. Madrid: Ed. Turner, 1979. Pags. 171-172.

VV AA (1920) *Manifiestos dadaistas de Berlín. Dada-Almanach*. Berlín: Reiss. Redactado por Huelsenbeck en 1918, rubricado por el resto de los miembros y leído ese año en Berlín. Tzara, Jung, Grosz, Janco, Huelsenbeck, Preiss, Hausmann, Arp, Ball, Birot, María de Arezzo, Madame van Reiss, Täuber y Prampollini sus firmantes entre otros.

VV AA (1970) *Los muros tienen la palabra. Mayo 68*. México: Ed. Extemporáneos.

